

Comentarios a "La Sierra de Cabra, Centro Geográfico de Andalucía" de Don Juan Carandell Pericay.

Antonio López Ontiveros
Universidad de Córdoba.

En un número anterior de la *Revista de Estudios Regionales* se publicó el discurso de Don Juan Carandell "Andalucía: Ensayo Geográfico", precedido de un estudio sobre su vida, obra y comentario a dicho discurso¹. Ahora se completa la visión geográfica de conjunto de Andalucía de este eminente geólogo y geógrafo con otro de similar factura y contenido, y en cierto modo complementario, para el que son válidas cuantas observaciones entonces se hicieron sobre el autor y su obra. Este discurso o conferencia articula e interpreta el paisaje de Andalucía desde el Picacho de la Virgen de la Sierra, en la "Sierra" del mismo nombre. Encuadremos en estos comentarios la conferencia de Carandell en el contexto de sus estudios sobre la Subbética cordobesa, veamos las relaciones que tuvo con el gran evento científico que fue el XIV Congreso Geológico Internacional y la declaración de Sitio Natural del Picacho de Cabra y ayudemos —es nuestra pretensión— a calar en su estructura y contenidos.

LOS ESTUDIOS DE CARANDELL SOBRE LA SUBBETICA CORDOBESA

Ya reseñamos que D. Juan Carandell (1893-1937) en 1917 obtiene en las oposiciones de Catedrático de Instituto de Ciencias Naturales la plaza del Instituto Aguilar y Eslava de Cabra, donde permanece hasta 1927 en que es trasladado al de Córdoba². Aislado del ambiente investigador madrileño, universitario y de la Institución Libre de Enseñanza, se ve forzado —entre otras tareas— al estudio

1. LOPEZ ONTIVEROS, A.: "Don Juan Carandell Pericay (1893-1937): geólogo y geógrafo andaluz" y CARANDELL PERICAY, J.: "Andalucía: Ensayo Geográfico". *Revista de Estudios Regionales*, n.º 33, 1992, pp. 341-372.
2. LOPEZ ONTIVEROS, A.: o. c., p. 343.

geológico, geomorfológico y geográfico de la comarca meridional de Córdoba, aunque extendiendo su radio de acción por casi toda Andalucía. Y como fruto de este estudio nos deja una serie de obras sobre la Subbética cordobesa, en las que se encuadra la Sierra de Cabra, que por orden cronológico son las siguientes:

- 1919. "Nota acerca de la existencia de aragonito en los alrededores de Cabra (Córdoba)"
- 1920. "Paisajes de Andalucía: la sima de Cabra"
- 1921. "Introducción a un ensayo fisiográfico y geológico de la región egabrense (Provincia de Córdoba)"
- 1922. "Nota acerca de una excursión geográfica a Priego (Córdoba) y sus alrededores"
- 1924. "La Sierra de Cabra, centro geográfico de Andalucía"
- 1926. "La Sierra de Cabra. Excursión a los Lanchares y el Picacho" y "Panorama circular desde la Ermita de Cabra"
- 1927. "Nota acerca de la tectónica de la Sierra de Cabra"
- 1928. "Segunda nota acerca de la tectónica de la Sierra de Cabra"
- 1928. "Contribución al estudio de las terrazas cuaternarias en España: terrazas de algunos ríos andaluces y del río Piedra (Zaragoza)", en las que incluye las del Salado de Priego y las del Cabra³.

3. En todas las obras de Carandell que siguen prescindo del nombre del autor para evitar reiteraciones.
 "Nota acerca de la existencia de aragonito en los alrededores de Cabra (Córdoba)". **Boletín de la Real Soc. Española de Historia Natural**, T. XIX, 1919, pp. 305-307.
 "Paisajes de Andalucía. La sima de Cabra". **Peñalara**, 85, 1920, pp. 1-3.
 "Introducción a un ensayo fisiográfico y geológico de la región egabrense (Provincia de Córdoba). (Con un apéndice antropogeográfico)". Cabra, Cátedra de Historia Natural del Instituto General y Técnico de Cabra (Córdoba), 1921, V pp.
 "Notas acerca de una excursión a Priego (Córdoba) y sus alrededores". **Boletín de la Real Soc. Española de Historia Natural**, T. XXII, 1922, pp. 72-81.
 "La Sierra de Cabra, centro geográfico de Andalucía". **Boletín de la Real Academia de Córdoba**, n.º 14, 1925, pp. 351-374.
 "La Sierra de Cabra. Excursión a los Lanchares y el Picacho" y "Panorama circular desde la Ermita de Cabra". En NOVO, P., CARBONELL, A., CARANDELL, J. y GOMEZ LLUECA, F.: **De Sierra Morena a Sierra Nevada (Reconocimiento orogénico de la Región Bética)**. Madrid, Excursión A-5, XIV Congreso Geológico Internacional, 1926, pp. 35-58.
 "Nota acerca de la tectónica de la Sierra de Cabra". **Boletín de la Real Soc. Española de Historia Natural**, T. XXVII, 1927, pp. 399-411.
 "Segunda nota acerca de la tectónica de la Sierra de Cabra". **Boletín de la Real Soc. Española de Historia Natural**, T. XXVIII, 1928, pp. 75-77.
 "Contribución al estudio de las terrazas cuaternarias en España: terrazas de algunos ríos andaluces y del río Piedra (Zaragoza)". 1928. (Tengo fotocopia pero no referencia).

Y a estas publicaciones, todas ellas de carácter geológico y/o geográfico, habría que unir otras de carácter didáctico sobre el Instituto de Cabra o sobre temas misceláneos, amén de artículos periodísticos sobre todo en *La Opinión* de Cabra⁴.

El resultado científico y didáctico de todo ello es, en síntesis, que Carandell coadyuva, entre otros, a ir definiendo dentro del Sistema Bético una unidad externa de relieve —distinta de la Bética propiamente dicha o Penibética, a la que pertenece Sierra Nevada— que de forma imprecisa y titubeante llama “Prealpes Subbéticos”, “Prealpes Subpenibéticos”, “Sistema Diagonal Andaluz”, “Prebética”, etc.⁵, en la que inserta la Sierra de Cabra y las otras unidades del Sur de Córdoba. Además, modélicamente y con intenso matiz didáctico, caracterizó geográficamente esta Sierra de Cabra y la comarca de Priego, sin excluir la interpretación tectónica de la primera, en las dos “notas” citadas sobre el tema, que son las de más pretensión científica. Y, por último, —y es el tema que más interesa a este comentario— erigió el Picacho de la Virgen de la Sierra, punto de mira de gran parte del solar andaluz, en “centro geográfico de Andalucía”, que es el objeto de amplia reflexión en el discurso que nos ocupa.

LA CONFERENCIA DE CARANDELL Y EL XIV CONGRESO GEOLOGICO INTERNACIONAL DE 1926

La razón de este significado del Picacho, dice Carandell en su conferencia, que se la aportó el eminente geólogo Hernández-Pacheco que lo calificó

“como la atalaya que, culminando a 1.223 metros de altura, constituye el centro geográfico de Andalucía; tan sintética es la visión que al turista, al geólogo y al geógrafo depara, toda vez que de una sola ojeada se da el observador perfecta cuenta de los tres elementos del territorio andaluz: Sierra Morena, Valle y Sistema Bético”.

Por ello, sigue diciendo Carandell, y por otras razones —por ejemplo la importancia de los yacimientos fosilíferos mesozoicos de la Sierra de Cabra—, lo visitaron después los ingenieros Novo y Dupuy de Lome, altos responsables del próximo Congreso Geológico Internacional, que confirmaron la importancia del Picacho, lo escogieron como visita obligada para los congresistas y “le animaron a que dibujase la vuelta de horizonte desde el Picacho”.

4. Probablemente la más importante de entre ellas es *Instituciones Modelo. Instituto de Aguilar y Eslava. Cabra (Córdoba)*. Madrid, Imprenta de los Sucesores de Hernando, 1924, 30 pp.

5. Interesante al respecto “Formación geológica de los Béticos”, *Penibética*, 1931, 4 pp.

“honroso encargo —dice— hoy cumplido, habiendo dibujado y pintado las siluetas de todas las cortinas montañosas que desde allí la vista alcanza, constituyendo uno de los documentos que ilustrarán la guía geológica andaluza para el referido congreso”.

Y en efecto, en la publicación citada **De Sierra Morena a Sierra Nevada**, excursión A-5 del Congreso, aparecen dos magníficas y extensas acuarelas, tituladas “Panoramas de Andalucía tomados desde la Sierra de Cabra”, a las que acompañan sendos perfiles del relieve con expresión de los principales hitos de éste y los pisos geológicos de las distintas unidades⁶.

Por otra parte, Carandell publica en 1926 un artículo en la **Revista de Escuelas Normales** “El XIV Congreso Geológico Internacional”⁷, en el que da cuenta, según la segunda circular, de aquél, de los temas a tratar y de las excursiones a realizar antes, durante y después de las sesiones. Las primeras se centraron sobre todo en Andalucía —excepto una al “Terciario continental de Burgos y otra a Canarias⁸— y dieron lugar a espléndidas guías entre la que está la “Excursión a las Sierras Béticas: Córdoba, Cabra, Antequera, Granada, Sierra Nevada”, y en la que Carandell tiene un amplia participación: la Sierra de Cabra (“Excursión a los Lanchares y al Picacho”; “Panorama circular desde la Ermita de Cabra”); “Itinerario de Cabra a Loja por las formaciones del Sistema Penibético”; “El Torcal de Antequera”; y “Sierra Nevada (de Granada a la cumbre del Veleta)”.

Por lo que a nosotros ahora interesa sólo quiero hacer dos observaciones. Es la primera que el “Panorama circular desde la Ermita de Cabra” coincide casi totalmente con lo expuesto en nuestra conferencia, si bien el primero despojado de referencias literarias y abreviando en las de geografía humana; en suma, es más geológico, pero por ello más frío y árido. Y —segunda observación— las acuarelas y correspondientes perfiles también del primero, magníficos como dijimos, no admiten comparación con las ilustraciones gráficas de la conferencia: fragmentarias, como bocetos para las acuarelas y de factura más tosca. Aparecen también aquí otros gráficos (Fuente del Rey de Priego, Sima de Cabra, bloque diagrama de las Subbéticas cordobesas, ídem de las cuencas del Ródano y el Guadalquivir, etc.) que no tienen cabida en las ilustraciones para la guía del Congreso. En mi opinión, pues, es más rico y bello el texto literario que ahora se reproduce

6. “Panorama circular desde la Ermita de Cabra”, o. c., pp. 45 y 58.

7. “El XIV Congreso Geológico Internacional”. **Revista de Escuelas Normales**, nº 1, 1926, pp. 5-6.

8. Para la excursión de los congresistas a Canarias también aportó Carandell la traducción del alemán del primer capítulo de la obra de 1923 de Ernest Haeckel **Von Teneriffa bis zum Sinai** con el título: **A propósito del próximo Congreso Geológico. Una ascensión al pico de Tenerife**. Relato traducido del alemán por Juan Carandell. Prólogo de J.C.P. Madrid, Publicaciones de la “Revista de Segunda Enseñanza”, 1925, 96 pp.

que el presentado al Congreso, y menos acabado y sin comparación posible el material gráfico. Pero en todo caso, tanto uno como otro ilustran sobre la pericia de Carandell como dibujante científico e incluso como pintor.

Por otra parte, humana y científicamente, el Congreso repercutió inmensamente en la obra y "currículum" de Carandell. Humanamente no debió cosechar muchos éxitos y probablemente poco debieron valorar sus guías, quizás demasiado descriptivas, e incluso sus aportaciones gráficas los avezados y ya muy especializados geólogos españoles y sobre todo extranjeros, que estaban principalmente interesados en la interpretación autoctonista o aloctonista del Sistema Bético. Quizás por eso, escribía Carandell, dolorido, en 1931:

"Algunos (se refiere a geólogos como Brouwer, Staub, Argand, Fallot, Blumenthal) nos han tratado en sus escritos —todo hay que decirlo— como sabios poco amigos de los dictados, que suele aconsejar la amistad y en último caso la hospitalidad. Otros son sabios caballerosos, caballerosos antes que sabios. Que la ciencia sin caballerosidad, ¡maldita sea!"⁹

Desde un punto de vista científico, Carandell aprende la lección e intenta a partir de 1926 interpretar las Béticas según las modernas teorías que se exponen en el Congreso y escribe al respecto:

"Hasta ahora jamás osé mirar las cordilleras andaluzas genuinas (Sierra Nevada, etc.) con mirada audazmente moderna, antes bien, me atuve a lo que era clásico, pero arrinconado ya en los fastos de la ciencia europea"¹⁰

Por eso asume las modernas teorías movi listas en la interpretación de las cordilleras Béticas, como se ve en "Andalucía: Ensayo Geográfico" y en las dos notas acerca de la tectónica de la Sierra de Cabra, sugerente y aguda interpretación de este relieve según las nuevas teorías de los mantos de corrimiento, que fue aceptada por Fallot, "claro está que en términos generales"¹¹. En este contexto, pues, la conferencia sobre "La Sierra de Cabra, centro geográfico de Andalucía", anterior al Congreso, es más clásica en la interpretación del relieve andaluz, frente a "Andalucía: Ensayo Geográfico", de interpretación más acorde con las modernas teorías.

9. "Formación geológica de los Béticos", o. c., p. 2.

10. "Formación geológica de los Béticos", o. c., p. 1.

11. "Segunda nota acerca de...", o. c., p. 75.

 EL PICACHO DE LA VIRGEN DE LA SIERRA SITIO NATURAL DE INTERES NACIONAL

Las primeras figuras de protección de espacios naturales empiezan en España con la ley de Parques Naturales de 7 de julio de 1916 y el decreto de 23 de febrero de 1917, que dicta normas “para promover y asegurar el cumplimiento de la Ley y el espíritu de la misma”. Según este último, entre otras tareas, se encarga a los ingenieros de montes de los distritos forestales una relación de los lugares que “por lo extraordinario de sus condiciones naturales o por la aureola que pueda prestarle la Historia, la Religión o la leyenda merecieran la declaración de Sitio Nacional”¹².

Dicha relación se elabora de inmediato y el distrito forestal de Sevilla-Huelva-Córdoba propone como Sitios Nacionales la Sierra y Santuario de la Virgen de la Sierra y Tierras del Convento de la Rábida. En ambos casos las propuestas partieron de instituciones que atendieron la invitación del art. 3.º del referido decreto, pues la jefatura de Sevilla.

“a la sazón ocupada interinamente, se limitó a informar favorablemente dos solicitudes hechas del más puro sentimiento local y del más hondo conservadurismo, remitidas, respectivamente, por el alcalde de Cabra... y por el Presidente de la Sociedad Colombina Onubense...; (para) dos lugares que, aun reuniendo algunos de los requisitos marcados por el Real Decreto de 1917 para los Sitios Nacionales —«la aureola que pueda prestarles (a las condiciones naturales) la Historia, la Religión o la leyenda»— resultaban anecdóticos frente a otros posibles candidatos de considerable mayor interés natural, que, sin embargo, fueron obviados por el Distrito”¹³

Ahondando en nuestro caso, sigue diciendo el autor citado R. Mata:

“El Ayuntamiento de Cabra consiguió movilizar durante más de una década a centenares de vecinos de su jurisdicción y de pueblos limítrofes en pos de la declaración de Sitio Nacional del Picacho de la Virgen de la Sierra, alcanzado finalmente por Real Orden de 11 de julio de 1929¹⁴, tras numerosas gestiones, entre ellas la súplica dirigida a José Sánchez Guerra, Presidente del Congreso y diputado por el distrito de Cabra, y que, según he podido documentar, se interesó personalmente por el tema ante el Ministerio de Fomento. Tras la romántica descripción de la «gran roca suspendida en el espacio», de «los vistosos celajes

12. Comentario a estas disposiciones en GOMEZ MENDOZA, J.: “Los orígenes de la política de protección de la naturaleza en España: la iniciativa forestal en la declaración y en la gestión de los Parques”. En CABERO DIEGUEZ, V. y OTROS: **El medio rural español. Cultura, paisaje y naturaleza. Homenaje de Don Angel Cabo Alonso**. Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca y Centro de Estudios Salmantinos, 1992, T. II, pp. 1.045 y ss. y MATA OLMO, R.: “Los orígenes de la política de espacios naturales protegidos en España: la relación de «Sitios Notables» de los distritos forestales (1917)”. En o. c. referencia precedente p. 1.067.

13. MATA OLMO, R.: o. c., p. 1.071-1.072.

14. El expediente se inicia para que el Picacho sea declarado “Sitio Nacional” según el R.D. de 23 de febrero de 1917, pero en 1929 se declara “Sitio Natural de Interés Nacional”, pues la R.O. de 15 de julio de 1927 amplía “el número de figuras posibles de espacios protegidos como respuesta al elevado número de lugares que en toda España se estimaban merecedores de protección, creándose los Sitios y Monumentos Naturales de Interés Natural”. Según GOMEZ MENDOZA, J.: o. c., p. 1.048.

cambiantes de luz», de «las nubes que vuelan por bajo del picacho, teniendo arriba el brillo del sol y a los pies la tempestad, las nieblas y la cerrazón de los temporales duros» añade el alcalde de Cabra en su primer escrito dirigido al Ingeniero —jefe del Distrito Forestal de Andalucía—: «Y si en el aspecto agreste posee tan importantes atractivos, en el legendario e histórico-religioso ostenta páginas sublimes, porque los fervores místicos encadenan a esta montaña y a su venerada virgen a los fieles de muchos pueblos... En la cresta de dicha montaña se asienta un hermoso y antiguo santuario, baluarte de rancia fe»¹⁵

Con ser cierto y esclarecedor todo lo expuesto, nos parece que no se explica todo para que el Picacho sea declarado Sitio Natural “por los indudables y bastante retóricos ingredientes conservadores y conservacionistas” del Ayuntamiento de Cabra¹⁶, y también creo que hay que matizar que los argumentos para su declaración “resultasen anecdóticos frente a otros posibles candidatos de considerable mayor interés natural”. Y ello por las siguientes razones concretas que tienen mucha relación con nuestro tema.

1º El discurso que comentamos de Carandell, su guía de la Sierra de Cabra para el Congreso Geológico Internacional y las otras publicaciones sobre ella prueban fehacientemente que el Picacho y la Sierra son muy singulares geográfica, geológica y tectónicamente: en cuanto que aquél permite una panorámica de conjunto de los tres grandes conjuntos morfoestructurales de Andalucía, que no es posible desde otro lugar de la región; en cuanto que toda la sierra es un inmenso yacimiento paleontológico mesozoico desde que lo detectaran Kilian, Mallada, etc.¹⁷; en cuanto que presenta un muestrario antológico de formas kársticas¹⁸; en cuanto que el propio Picacho, en la interpretación de Carandell en sus dos notas sobre su tectónica, es un ejemplo acabado y señero de manto de corrimiento, “klippe”, rotura de anticlinal en su clave, etc. que tampoco se encuentra en cualquier sitio. Por tanto, a su “santuario, baluarte de rancia fe” —argumento tampoco despreciable y entendible por la condición de los promotores— hay que unir todas estas razones naturales, más científicas y cultas.

2º Es cierto que en la inicial política española de protección primaron las razones biogeográficas y el protagonismo de los ingenieros forestales y en ello la Sierra de Cabra no puede ofrecer mayor calidad que otros muchos espacios anda-

15. MATA OLMO, R.: o. c., pp. 1.072-1.073.

16. Según la R.O. de 11 de julio de 1929 la declaración del Picacho como Sitio Natural la solicitan el Ayuntamiento de Cabra y el Hermano Mayor de la Hermandad de la Virgen de la Sierra.

17. Citados en *Introducción a un ensayo...*, o. c., p. III.

18. Entre otros PEZZI CERETTO, M.C.: *Morfología kárstica del sector central de la Cordillera Subbética*. Granada, Publicaciones de la Universidad, 1977, 285 pp.

lucos. Pero en aquella política nunca se postergó lo "geológico" (habla el Decreto de 23 de febrero de 1917 de "particularidades geológicas e hidrológicas") e incluso Gómez Mendoza a propósito de haber sido declarados Sitios Naturales el Picacho, Ciudad Encantada de Cuenca y Torcal de Antequera dice: "lo que, por cierto, resulta bastante indicativo de una cierta inflexión geológica"¹⁹. Precisamente esto creo que explica en gran parte nuestro caso, confirmada además la importancia geológica de la Sierra de Cabra por la excursión de los congresistas de 1926.

3º De todo ello además es conocedor Hernández-Pacheco —maestro, amigo, autor de un "homenaje póstumo"²⁰ a Carandell y que es precisamente el que le sugiere que el Picacho es "centro geográfico" de Andalucía— que a la sazón es miembro de la Junta Central de Parques y después Delegado de Sitios²¹. De lo que infiero, que al margen de lo que argumentasen los promotores, Hernández-Pacheco sabía que el Picacho era acreedor de la temprana protección que se le dispensa en base creo a los argumentos de Carandell que era el que mejor lo conocía y estudiaba, el que mejor lo ensalzó, el verdadero artífice y descubridor de su singularidad, evidentemente por razones científicas y naturales, pues según su asepsia religiosa de institucionista, nunca aludió, que yo sepa, a su importancia para la religiosidad popular.

En consecuencia, pues, con lo expuesto, merece la pena reproducir las razones que se exponen en la R.O. de 11 de junio de 1929 para declarar "Sitio Natural de Interés Nacional el denominado Picacho de la Virgen de la Sierra":

"El Picacho de la Virgen de la Sierra, en Cabra (Córdoba), así denominado por estar edificado en la cumbre de un Santuario dedicado a la Virgen Patrona de Cabra y de su huerta, está elevado a los 1.223 metros sobre el nivel del mar, dando frente al Valle del Guadalquivir y en los bordes occidentales de la cordillera Bética. Se le denomina también «El Balcón de Andalucía», por el extenso panorama que desde él se divisa, que comprende la campiña del Valle Bético, provincias de Córdoba y Sevilla; las montañas de la cordillera Bética, hacia la provincia de Jaén; la Sierra Nevada y montañas de Granada y Málaga"

"Está constituido el Picacho por una escarpada y abrupta masa de calizas del terreno jurásico, con una amena pradería, junto al Santuario. En ésta se celebra una romería muy concurrida por los habitantes de la comarca egabrense, siendo la ermita lugar de peregrinación muy visitado, y el Picacho, para admirar el espléndido panorama que desde allí se divisa. Fue sitio de estación de la expedición a Andalucía de los miembros del Congreso Geológico Internacional, que se celebró en Madrid en 1926".

Hoy la Sierra de Cabra continúa siendo espacio protegido, pero como cora-

19. GÓMEZ MENDOZA, J.: o. c., p. 1.049.

20. HERNÁNDEZ-PACHECO, E.: "Don Juan Carandell (Homenaje Póstumo)". *Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural*, T. XL., 1942, pp. 85-91.

21. GÓMEZ MENDOZA, J.: o. c., pp. 1.046 y 1.049, y MATA OLMO, R.: o. c., pp. 1.075 y 1.077.

zón del Parque Natural de las Sierras Subbéticas, creado en 1988 y que se extiende por todo el sureste de la provincia de Córdoba.

ESQUEMA DE LA CONFERENCIA

Aunque en una lectura apresurada quizás no lo parezca, la conferencia sobre la Sierra de Cabra, está perfectamente estructurada formalmente y en cuanto a contenidos y quizás ayude a su comprensión total el esquema que sigue. Téngase en cuenta además que lo que no aparece con nitidez son los grandes epígrafes, que tras un "exordio" se reducen a dos: la descripción de los cuadrantes NE. y SE. primero y del SW. y NW. después. O sea que Carandell describe el paisaje visible desde el Picacho empezando por el N. y siguiendo sucesivamente por el E., S. y W. Este es el esquema:

A) Exordio

1. Objeto de la conferencia (= paisaje de Andalucía) y su forma (= discurso leído).
2. Giner de los Ríos, descubridor de "las esencias del paisaje español".
3. Amor a Andalucía y Cataluña.
4. Inspiración en los diagramas de W.M. Davis.
5. El bloque en relieve del Guadarrama y la acuarela de Sierra Nevada.
6. El Picacho de Cabra, centro geográfico de Andalucía; sus descubridores, su relación con el XIV Congreso Geológico Internacional.

B) Descripción de los cuadrantes NE. y SE.

1. La Meseta Ibérica y la Campiña Cordobesa.
2. La Sierra de Cabra, el Lobatejo y la Nava:
 - * Sierra de Cabra: domo anticlinal, calcáreo, jurásico, "lapiez".
 - * La Nava: dolina arcillosa y "combe".
3. Sierra de Jabalcuz y la Peña de Martos.
4. Evocaciones literarias:
 - * De Sierra Morena: El Quijote y El Diablo Cojuelo.
 - * De Córdoba: Borrow, Romero de Torres, Albéniz y Azorín.
 - * La Sierra de Cabra y Don Juan Valera.
5. Las Sierras de Harana o Iznalloz y de Baza.
6. Sierra Nevada:
 - * Exaltación literaria: Villaespesa y Machado.
 - * Su significado paisajístico y geográfico.
 - * La leyenda de Bernaldo de Quirós.
 - * Cromatismo de Sierra Nevada.

7. La Vega de Granada.
8. Sierras de Tózar, Montefrío, Parapanda, etc.
9. Vegas de Priego y Carcabuey y Alcalá la Real.
10. Sierras de Tiñosa o de Priego y de los Pollos o de Jaula. Sus fuentes y agricultura y propiedad.
11. Sierras de Tejeda y Almirajara.
12. Sierra de Rute.
13. Lomas del Palojo y los Hoyones.

C) Descripción de los cuadrantes SW. y NW.

1. El Torcal de Antequera y Málaga.
2. El paisaje general calizo de las Béticas. Excepciones: Sierra Blanca y Sierra Bermeja.
3. Los torrenciales ríos mediterráneos: Guadalmedina, Guadiaro, Guadalhorce.
4. Análisis especial del Genil: ¿río principal o tributario del Guadalquivir? Comparación con el Ródano y Saona.
5. Ciudades visibles en el sector SW.
 - * Rute.
 - * Lucena y el pico de Araceli.
 - * Antequera y las Sierras del Torcal y la Chimenea.
 - * Estepa y la Sierra de Estepa. Sierras de Ubrique, de Lívar y Cerro de San Cristóbal.
 - * Puente Genil y la Sierra de Anzur.
6. Otra vez Sierra Morena:
 - * Escalón de la Meseta Ibérica.
 - * Su riqueza minera.
 - * Su descripción por Larra.
7. La Campiña Bética:
 - * Cereales y olivos. Himno al olivo de Salas Barbadillo y "Los olivos" de Machado.
 - * Geografía cordobesa del río Guadalquivir.
 - * Génesis del relieve campiñés.
 - * Caracterización de los pueblos campiñeses.
 - * Idem de las poblaciones ribereñas del Guadalquivir.
 - * El olivar y viñedo de la Campiña.
 - * Significado histórico y geopolítico de la Campiña cordobesa.

ESTRUCTURA FORMAL Y CONTENIDOS DEL DISCURSO

"Voy a hablaros del paisaje de Andalucía", es el inicio del discurso de Caran-

dell. Exactamente el mismo objeto de estudio que después asignaría a "Andalucía: Ensayo Geográfico". Porque, como ya señalamos, nuestro autor tiene "ansias de paisaje", cree en "la necesidad de un pueblo culto de conocer su propio país" paisajísticamente e incluso aspira a constituir un "archivo del paisaje" ya que todo es "producto del paisaje"²². Para Carandell, pues, el paisaje constituye el objeto de la Geografía.

Y ¿cómo entiende y qué comprende el paisaje carandelliano? En primer lugar la localización de todas las formas de relieve (unidades tectónicas, sierras, depresiones...) y accidentes y formas geográficas de todo tipo (ríos, cultivos y otros elementos agrarios, masas de vegetación, pueblos y ciudades, etc.) No obstante, conviene advertir que la esencial estructura del paisaje la constituyen en Carandell sus rasgos "físicos" o incluso "geológicos", en parte por su inicial formación como geólogo, en parte porque está convencido que lo "geológico" es el principal condicionamiento del paisaje. De aquí que en nuestro discurso resalten sobremanera las unidades de relieve, por cierto presentadas en dos planos de horizonte: uno más alejado y otro más cercano (Sierra de Cabra y sierras inmediatas a ella).

Pero advertía Carandell en "Andalucía: Ensayo Geográfico" que no sólo hay que describir el paisaje sino también explicarlo —que "advertir no es lo mismo y que de ambas tareas se ocupa la Geografía"²³—. Y de aquí sus frecuentes y reiteradas interpretaciones tectónicas y geomorfológicas, agrarias, históricas y de ordenación del territorio, de Geografía comparada, bien visibles en la conferencia sobre la Serra de Cabra.

Y, por último, Carandell es un artista plástico y un hombre culto por lo que es sensible a la valoración estética del paisaje, a su comprensión metacientífica, bien constatable tanto en la utilización de textos literarios y de viajeros —por cierto algunos nada convencionales— como en las descripciones meramente cromáticas, que por supuesto se completan con sus gráficos, dibujos y perfiles. A este respecto, él tiene el convencimiento de que la literatura, injustamente, ha preterido el paisaje y por ello tras una descripción de Larra sobre Sierra Morena escribe:

"Plácenos transcribir este párrafo de Larra, pues no es frecuente hallar en los clásicos castellanos, productores de una literatura de primer orden consagrada exclusivamente al hombre, la menor mirada lanzada a los paisajes".

Por todos estos ingredientes es esta conferencia de Carandell correcta y

22. LOPEZ ONTIVEROS, A.: o. c., p. 347.

23. *Ibíd.*

suficiente, aunque elemental, geológicamente, aguda y sugerente geográficamente, bella formalmente y en cuanto a ilustraciones gráficas y adobada convenientemente con referencias literarias y de viajeros. Expresión, en suma, de un Carandell "paisajista-geólogo", "poeta-observador" y "hombre de ciencia y un artista"²⁴, que con destreza perfeñó esta pieza oratoria, lo mismo que "Andalucía: Ensayo geográfico", "como resumen científico de la geografía andaluza, redactado para gentes cultas ajenas a estas cuestiones"²⁵.

ALGUNOS COMENTARIOS CONCRETOS

Al exordio

Como en tantas ocasiones aquí también aparece la cita casi obligada de Giner de los Ríos, su mentor espiritual y "descubridor de las esencias del paisaje español", tan propias de la Institución Libre de Enseñanza, que tanto influyó en Carandell²⁶.

Otro mentor científico de Carandell —en este caso de su obra gráfica— fue W.M. Davis, creador de la nueva Geomorfología, y del que dice que se inspiró "en los bellísimos diagramas que para explicar toda suerte de fenómenos fisiográficos ha trazado en sus trabajos maravillosos". En efecto, Carandell tradujo a Davis, aunque no encontró editor para esta obra, y, según Solé,

"fue quien introdujo en España el método de interpretación del relieve por medio de los bloques diagramas o estesiogramas, técnica hoy tan generalizada y en la que nuestro biografiado demuestra además de su temperamento artístico, su gran visión de tectónico"²⁷.

24. Calificaciones que hacen de Carandell respectivamente GIL MUÑIZ, A.: "Discurso de..." En *Discursos leídos ante la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba en la recepción de Don Juan Carandell el 30 de abril de 1930*. Córdoba, 1930, p. 31, y SANTALO I PARVORELL, M.: "Una gran pérdida: Joan Carandell Pericay (L'Autonomista, 12 d'octubre de 1937)". En *El Bajo Ampurdán. Ensayo Geográfico*. Girona, Diputación Provincial, 1978, p. XVIII.
25. CHICO, P.: "Discursos leídos ante la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba en la recepción de Don Juan Carbonell, el 30 de abril de 1930". *Revista de Escuelas Normales*, s. n., 1930, p. 321.
26. LOPEZ ONTIVEROS, A.: o, c., p. 344.
27. SOLE SABARIS, L.: "Juan Carandell Pericay, geólogo y geógrafo andaluz". En *El Bajo Ampurdán...* o. c., p. X.

En este exordio, el propio Carandell entre sus obras gráficas destaca el bloque en relieve del **Guadarrama**, en obra de igual título de Bernaldo de Quirós, que Hernández-Pacheco, su prologuista, califica “como núcleo de la Memoria” y que “da una idea tan acabada del relieve, que constituye una guía precisa, para hacerse cargo de la topografía de ella”²⁸, y la acuarela de Sierra Nevada desde el Picacho de Cabra, también en otra de igual título y de aquel autor, que la calificó de “lindísima acuarela, que ilustra admirablemente este carácter, mostrando la poderosa bóveda de la anticlinal en todo su desarrollo”²⁹.

Se agradece en este exordio la declaración de amor a Andalucía que hace Carandell y la equiparación en sus preferencias con Cataluña, pues su acendido catalanismo, por ejemplo en su excelente obra póstuma, **El Bajo Ampurdán. Ensayo Geográfico**, le lleva a sugerencias para preservar la catalanidad en esta comarca que creo un tanto discutibles. Aunque, al respecto me parece acertada la observación de Hernández-Pacheco:

“Fue Carandell —dice— gran amante y admirador de Cataluña, pero de ningún modo catalanista en el sentido de desear la segregación de Cataluña del conjunto hispano, porque tenía en los entresijos del alma el sentimiento de la valía del conjunto hispano, y en el cerebro el concepto de la perfecta unidad de orden geográfico de la Península hispánica”³⁰

A la descripción de los cuadrantes NE. y SE.

Tres observaciones creo pertinentes a los contenidos de este apartado.

* Pese a que Carandell aún no ha asimilado el carácter alóctono de las Cordilleras Béticas —que con la visión actual tampoco hay que exagerar— presenta para el momento una interpretación tectónica y geomorfológica moderna de la Sierra de Cabra (domo anticlinal calcáreo y esencialmente jurásico, roto en su clave, parte de la cual, hundida, es la “combe” de la Nava, cuyo fondo arcilloso contrasta con las superficies circundantes de “lapiez”), aunque evidentemente limitada en algunos aspectos (por ejemplo, es la Nava algo más que una dolina, es un antológico “poljé”, etc.).

28. BERNALDO DE QUIROS, C. y CARANDELL, J.: **Guadarrama**. Prólogo de E. Hernández-Pacheco. Madrid, Trabajos del Museo Nacional de Ciencias Naturales, Serie Geológica, 1915, p. 4.
29. BERNALDO DE QUIROS, C.: **Sierra Nevada**. Madrid, Comisaría Regia de Turismo y Cultura Artística, 1923, p. 14. Reproducida recientemente esta acuarela en TITOS MARTINEZ, M.: **La aventura de Sierra Nevada 1717-1915**. Granada, Universidad de Granada y Diputación Provincial de Granada, 1990, p. 78.
30. HERNANDEZ-PACHECO, E.: o. c., p. 87.

* Las evocaciones paisajísticas de literatos y viajeros de esta parte —de Sierra Morena, Córdoba, Sierra Nevada, Sierra de Cabra, etc.— son las mejores y más amplias del discurso. Bien es verdad, que para el entorno inmediato cuenta con la obra de D. Juan Valera, diestro paisajista, que Carandell conocía perfectamente.

* En consonancia con otras partes de su obra, está el tratamiento más moroso y hasta exultante que hace de Sierra Nevada, “unidad paisajística que él había estudiado con especial cuidado y fruición”, y que según la acendrada tradición del naturalismo andaluz, que también representa Carandell, “ocupa el lugar más excelso”³¹.

A la descripción de los cuadrantes SW. y NW.

También dos comentarios que creo pertinentes.

* Obsérvese en esta parte del discurso sus muchas referencias a los ríos andaluces (los de la cuenca mediterránea, el Genil, el Guadalquivir). Y es que Carandell, ante el panorama raquítico que en su tiempo presentaban los estudios de morfología fluvial en Andalucía³², enriquece con variados estudios esta faceta del naturalismo andaluz, con gran sensibilidad, por cierto, al problema de la erosión de vertientes, que según él tiene su origen en el “terrible tóxico de las roturaciones”, en la destructiva aunque ubérrima cabra andaluza, en la ausencia de repoblaciones y embalses.

* Sin duda, a causa también de su amplísima aportación bibliográfica, se comprende que en este apartado dedique extensos comentarios al Valle del Guadalquivir y Campiña de Córdoba, que creo certera y sintéticamente caracteriza geomorfológicamente, en cuanto a cultivos, en su poblamiento, y en su significado histórico.

31. LOPEZ ONTIVEROS, A.: o. c., p. 350 y CARANDELL, J.: “Las grandes reservas hidráulicas de la Alpujarra (Sierra Nevada)”. *Ibérica*, 574, 1925, p. 248.

32. SOLÉ SABARIS, L. y MORENO CARDONA, I.: “Bibliografía geológica y fisiográfica de las Cordilleras Béticas”. *Boletín de la Universidad de Granada*, Año XIV, n.º 7, 1942, pp. 488-489.

“La Sierra de Cabra, centro geográfico de Andalucía”

Conferencia leída en el Instituto Nacional de Segunda Enseñanza de Córdoba el día 31 de Marzo de 1925 por don Juan Carandell*.

Voy a hablaros del paisaje de Andalucía. Y voy a hacerlo no en lírico exaltado, no en párrafos grandilocuentes que, aunque gratos al oído, repugnan al carácter de charla o comentario que quiero poner a las siluetas y vistas panorámicas que váis a ver dentro de unos instantes, sino situándome en el punto de vista que allende las fronteras adoptan todos aquellos que se dedican al cultivo de la ciencia geográfica; el hecho mismo de leer esta conferencia y no pronunciarla en plan de discurso, no dudo de que a algunos haya de defraudarles, que, al fin y al cabo, latinos somos y en lo más meridional de Europa estamos; pero leídas se dan hoy día bastantes conferencias y gracias a la pluma hemos podido escuchar las portentosas concepciones de los Cajal, de los Torres Quevedo, de tantos hombres cumbres que carecen del mágico don de la elocuencia... ¡si parva licet componere magnis!...

Hablemos del paisaje andaluz desde el corazón mismo de Andalucía, pero antes permitidme que pronuncie aquí un nombre, llevado por quien, nacido en esta tierra, descubrió a su generación las esencias del paisaje español, enseñó a artistas, a escritores, a educadores, a ver el paisaje, a conocer los secretos de nuestra propia lar, es decir, a conocernos a nosotros mismos: me refiero a don Francisco Giner de los Ríos. Giner, como Rousseau, quiso, y, por dicha, lo logró, que no siguiéramos hablando de los ríos y montañas de los países lejanos, haciendo con ellos listas de nombres excelentes para fatigar la memoria de grandes y chicos, ...mientras andábamos a ciegas, sin saber ni orientarnos siquiera, en cuanto salíamos de nuestra casa, de nuestra calle, de nuestro pueblo.

Y voy a entrar en materia, no sin decir a cuantos me dispensáis el honor de escucharme, que con Andalucía he contraído el amor de quien a ella vino de lejanas tierras y a fuerza de contrastes de todo género ha aprendido a amar a ambas patrias chicas, y vive todas las vicisitudes de una y otra, llorando sus penas y asociándose a sus glorias, y el vínculo que supone el lanzar al mar ideal por do navega este gran pueblo hacia las playas de la plenitud, dos vástagos, dos naves que bogan con afán, impulsadas por la energía racial de Andalucía y de mi patria catalana.

* En *Boletín de la Real Academia de Córdoba*, n.º 14, 1925, pp. 351 - 374.

Diez años hace que, inspirándome en los bellísimos diagramas que para explicar toda suerte de fenómenos fisiográficos ha trazado en sus trabajos maravillosos el insigne Profesor William Morris Davis, ideé uno, en forma de bloque en relieve, para ilustrar el folleto que con el título *Guadarrama* escribió el decano de los alpinistas españoles, y maestro mío, don Constancio Bernaldo de Quirós, y publicó la Junta para Ampliación de Estudios en la serie geológica de los Trabajos del Museo Nacional de Ciencias Naturales. En dicho folleto está inserto también nuestro perfil y la nomenclatura del Guadarrama tal como se divisa desde Madrid.

Posteriormente, recién llegado a Cabra, donde tengo mi destino docente, escalé la incomparable Sierra que lleva su nombre, y absorto ante las magnificencias de la Sierra Nevada, que conocí algunos años antes acompañando al Profesor Obermaier para publicar, con él, un trabajo acerca de la glaciación cuaternaria en el macizo granadino, repetí la excursión para pintar, desde el Picacho egabrense, la silueta del Mulhacén, del Veleta y tantos otros picos, a ruegos del bondadoso Comisario Regio de Turismo, Marqués de la Vega Inclán, que yo no podía desoir, ya que tanto me honraban. También la fortuna quiso que el folleto publicado por aquella Comisaría, titulado *Sierra Nevada*, esté escrito por el propio Bernaldo de Quirós, alma mater del Alpinismo madrileño, figurando en la portada aquella acuarela.

Pocos años hace, me honraron con su visita los señores Hernández Pacheco, el eminente geólogo, y Armenteras, ingeniero de Montes de gran reputación; con ellos hice una de tantas ascensiones a la cumbre de la Sierra de Cabra y es para recordarla aquí la admiración que en dichas personalidades científicas causó la amplitud del panorama que desde allí se divisa, a tal punto que uno de ellos, Pacheco, calificó al Picacho, como la atalaya que, culminando a 1223 metros de altura, constituye el centro geográfico de Andalucía; tan sintética es la visión que al turista, al geólogo y al geógrafo depara, toda vez que de una sola ojeada se dá el observador perfecta cuenta de los tres elementos del territorio andaluz: Sierra Morena, Valle y Sistema Bético.

Hace un año, nueva ocasión gratísima fuéme deparada con la visita que me hicieran los Ingenieros del Instituto Geológico señores Novo y Dupuy de Lome, toda vez que confirmaron el interés que la Sierra de Cabra encierra y la importancia que ha de tener dentro de poco más de un año, cuando los sabios extranjeros que a España acudan para asistir al Congreso geológico internacional, visiten Andalucía para estudiar sus características geotectónicas, paleontológicas y estratigráficas: no en vano existe en Cabra uno de los yacimientos fosilíferos mesozóicos más interesantes de Europa. Aquellos amigos me animaron a que dibujase la vuelta de horizonte desde el Picacho, y hoy puedo decir que el honroso encargo está cumplido, habiendo dibujado y pintado las siluetas de todas las cortinas montañosas que desde allí la vista alcanza, constituyendo uno de los documentos que ilustrarán la guía geológica andaluza para el referido Congreso.

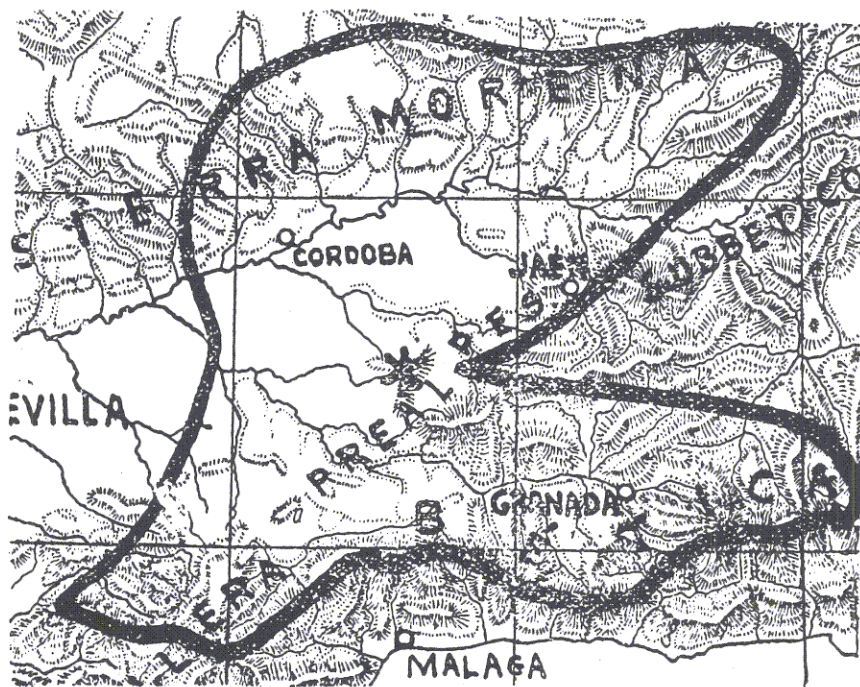
Dificultades técnicas me impiden proyectar en esta lectura diapositivas en color de aquel panorama. Únicamente podré ilustrarla con unos modestos apuntes reducidos, trazados a la vista del mismo.

Y explicados estos o modo de antecedentes, voy a entrar en materia.

Seguiré para ello el sentido de las agujas de un reloj, comenzando por el rumbo Norte, siguiendo hacia el E., etcétera, para cerrar otra vez por el Norte la explicación del panorama.

Cuadrante Nordeste.

Se inicia por unos cerros abruptos que interrumpen el indeciso relieve de las moles calcáreas jurásicas que tenemos en primer término.



Advertid cómo gracias a ellos, cual si una cortina se desgarrase, entrevemos un país totalmente distinto: en la máxima distancia, asoma la Meseta Ibérica, que se yergue por el escalón de la falla bética y se mira todavía en el Valle del Guadalquivir, como no olvidándose de que Castilla también llegaba hasta el mar en la Era Secundaria.

Más cerca, un mosaico de suaves ondulaciones en las cuales la luz no se recorta para trocarse en sombras bruscas, sino que se desvanece en las redondeces de tantas y tantas

lomas arcillosas, dámos idea del blando relieve que caracteriza al país bajo bético: la Campiña Cordobesa.

Ya un esfuerzo de acomodación nos hace abandonar la perspectiva de este extremo del panorama porque tropezamos con lo que está a poco más de tiro de fusil. Desde aquellos cerros hasta el rumbo Este, o poco más, hénos ante la propia grupa de la Sierra de Cabra.



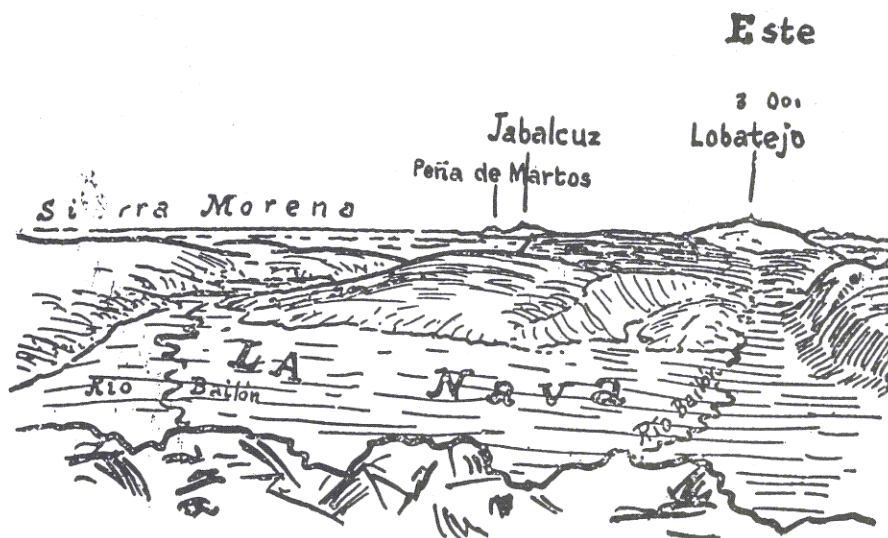
Ofrécesenos ésta en su plástica típica: relieve calcáreo, pesado, inflado, con torpes siluetas, sin que ninguna destaque a guisa de crestas o de pináculos enhiestos. Es el relieve característico del Jura Suizo-francés.

Buscando algún punto culminante topamos con uno acerca de cuya altitud nuestra agudeza visual titubea: es el Pico de Lobatejo, vértice geodésico que alcanza 1360 metros de altura sobre el mar.

Pero lo que más llama nuestra atención es la graciosa hondonada que misteriosamente parecen querer ocultar todas las vertientes del macizo de la Sierra de Cabra. He ahí *La Nava*, nombre bien toponímico por cierto, con que el vulgo ha bautizado a esta dolina, a esta forma de topografía cárstica, a este mundo aparte enclavado en el corazón de la montaña, cerrado por todos los azimutes, ya que no constituyen fáciles vías de acceso las cañadas angostas ni mucho menos la hendidura labrada por el riachuelo juguetero que por el fondo de aquella discurre con calma impropia de todo relieve montañoso.

Tal riachuelo tuerce hacia la derecha y parece ocultarse; pronto adoptará otro gesto, pues se metamorfoseará en un salvaje torrente al caer a la depresión bética, junto al histórico pueblo de Zuheros, donde lo llaman río Bailón.

Otro aspecto geológico-geográfico: tal es el tránsito brusco de las superficies calvas, teatro de lo que los franceses llaman *Lapiez*, en su más saturada expresión, a ese fondo plano, arcilloso, al cual las fermentaciones húmicas de bosques seculares, tan densos



antes como raquítics van quedando los rodales de encinas y quejigos que ¡todavía! subsisten, prestan el carácter y el matiz de tierras negras, con el concurso de las condiciones climatológicas que emanan de esa depresión elevada a 1000 metros de altura.



Ese Lobatejo, con su redondeado perfil; esas lomas en casquetes esféricos que tenemos en frente, y esta silla de montar sobre cuya parte más elevada —el Picacho— nos suponemos situados, he aquí otros tantos residuos de un domo anticlinal. La depresión, ahí en lo bajo, es lo que los franceses llaman una «combe», y nosotros, castizamente, una *Nava*, y constituye un patente caso de decapitación del anticlinal por epigénesis.

Antes de proseguir virando la vista hacia el Este, paremos mientes un instante en unos agudos picos que asoman precisamente por donde el riachuelo Bailón desaparece: son la Sierra de Jabalcuz y la Peña de Martos, célebre por el episodio de los hermanos Carvajales, que, acusados primero, presos luego en Medina del Campo y sentenciados a que les cortasen pies y manos, les sacasen los ojos y los tirasen por la Peña de Martos, hicieron al rey Fernando el célebre emplazamiento que tuvo efectividad con la exactitud de que el romance nos habla:

No eran cumplidos los treinta
cuando el rey era finado.
Roguemos todos a Dios
porque El quiera perdonallo.

No os habrá pasado inadvertida la silueta rectilínea del glacis de la Meseta Ibérica, de que antes nos ocupamos, y que reaparece por ese lado Nordeste, tan pronto como las próximas lomas de Camarena se deprimen un poco.

Y permitidme ahora alguna evocación, divagando por los campos de la Literatura. Como no podemos dar un paso sin tropezar con el recuerdo de Don Quijote, evoquemos al Caballero de la Triste Figura que, a imitación de Amadís de Gaula en la Peña Pobre, cumplió en Sierra Morena la célebre penitencia de las no menos pintorescas piruetas sobre las rocas más puntiagudas, y donde Sancho Panza, el hombre positivo, la razón vulgar junto a la noble locura, encontró el equipaje de Cardenio, tan bien provisto de ducados y camisas finas.

Evoquemos asimismo aquella venta de Darazután en la propia Sierra Morena, citada por Vélez de Guevara en el Diablo Cojuelo, donde tiene lugar la disputa entre Cleofás y el Diablo con el francés, el italiano y el inglés, que acabó lanzando el ventero al inglés a una caldera con agua hirviendo en Adamuz, y finaliza con este episodio el tranco V.

¡Qué distancia entre el juicio de Azorín y el de aquel Quijote de carne y hueso que se llamó Jorge Borrow, *D. Jorgito el inglés*, que animado del castizo *humour* de la raza anglo-sajona recorrió España vendiendo Biblias allá por los años 1835 a 1840!

De Córdoba dice Borrow que es «*ciudad pobre, sucia y triste, llena de angostas callejuelas*». Menos mal si añade que «*la catedral es acaso el templo más extraordinario del mundo*».

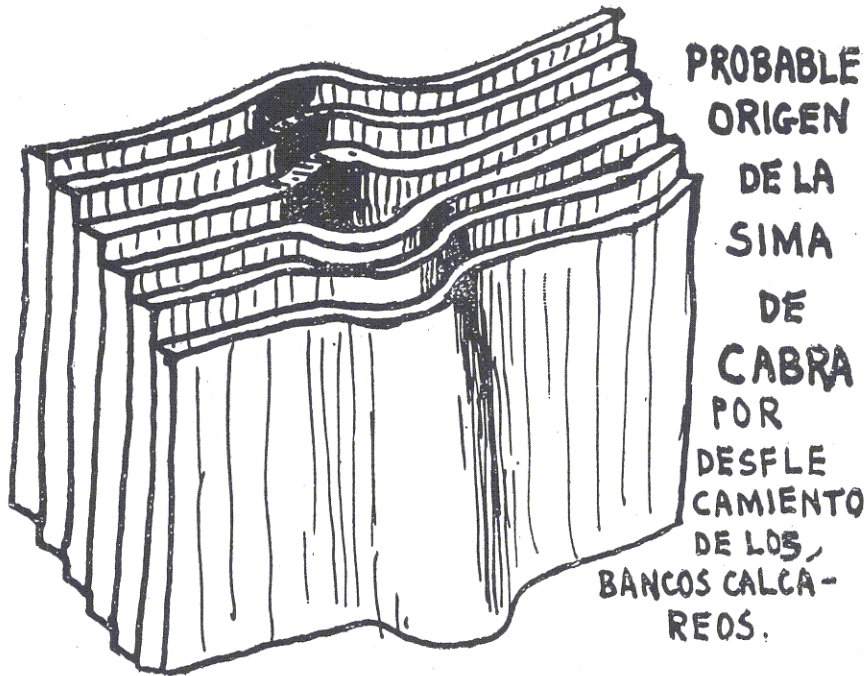
Borrow no supo *ver* Córdoba, no sintió el encanto de esas angostas callejuelas. Su mentalidad nórdica acaso no estuviera preparada para adivinar en cada recodo de las vías cordobesas las palpitaciones del Islam misterioso y sensual.

Tal vez estuviera D. Jorgito bastante amoscado por el mal talante con que le recibieron el ventero y su mujer, en las afueras de La Carlota, el día antes de llegar

a Córdoba, procedentes de Sevilla; matrimonio de raíces germánicas, que muy bien podía apellidarse Watt, Dugo, Hens, Bailly, etc., como se llaman hoy día muchos de los habitantes de La Carlota, dando una nota de exotismo en la tierra de los Fernández, Jiménez, González, Gutiérrez, Garcías y Sánchez.

La Córdoba que queremos es esa de Azorín, pero para nosotros necesita de una definición más amplia; definición que no puede salir de las puntas de ninguna pluma; definición que plasman las cadencias que Albéniz arrancara al piano y las pinceladas con que Julio Romero de Torres, al poner fondo escénico a la gentil figura femenina —leit motiv de sus creaciones—, extrae las esencias del paisaje andaluz, condensadas en el leit motiv del ambiente cordobés: la Sierra, con su castillo de Almodóvar, en el cuadro «El Pecado», y el río Guadalquivir.

Romero de Torres, Albéniz y Azorín: he aquí la constelación genial que ha sabido valorar el alma morisca que late en la ciudad milenaria.



Al filo del Noroeste está Córdoba, con las Ermitas en el borde de su sierra, cuna la primera de tantos filósofos y poetas, y motivo las segundas de inspiradas estrofas. «Córdoba es D. Juan Valera», dice Azorín. «Córdoba es un patizuelo empedrado de menudos guijos, una pared encalada de blanco, con un zócalo azul, y olor en el aire de olivo quemado». «Un ciprés en medio del patio». «Desde la azotea veríamos la lejana serranía hosca».

Muy cerca de nuestro punto de vista está la célebre Sima de Cabra, abismo vertical de un centenar de metros de profundidad, y al cual alude Cervantes en el Quijote con estas palabras:

«Otra vez me mandó que me precipitase y sumiese en la Sima de Cabra (¡peligro inaudito y temeroso!) y que le trujese particular relación de lo que en aquella oscura profundidad se encierra...»

El insigne D. Juan Valera localiza en estas montañas no pocos episodios de Pepita Jiménez, su obra maestra, así como la triste odisea de D. Paco, el viejo Secretario del Ayuntamiento, a quien la figura pizpireta de Juanita la Larga hizo retoñar en la nieve del corazón las ascuas de la pasión amorosa; y las andanzas del Doctor Faustino, el de los destinos trágicos.

Del autor de Juanita la Larga son estos párrafos: «los gorriones, los jilgueros, las golondrinas, y otras cien especies de pintados y alegres pajarillos salen a la Campiña con el alba, a coger semillas, cigarrones y otros bichos con que alimentarse; pero todos anidan en el término de Villalegre (Cabra), y vuelven a él, después de sus excursiones, para guarecerse en sus sotos y umbrias, para beber en sus cristalinos arroyos y acequias, y para regocijar aquel oasis con sus chirridos, trinos y gorjeos».

Las ilusiones del Doctor Faustino: capítulo XVI, El paraíso terrenal: cuando el Doctor, caballero en su jaca, y Respetilla, su criado, en su mulo, emprenden con el Escribano, y sus hijas, apodadas Las Civiles, la gira campestre por la Sierra.

Así describe Valera el paisaje:

«Por medio de viñas y olivares fueron subiendo la falda de uno de los cerros que tanto limitan el horizonte bermejino (Doña Mencía). A la media legua no se veía a un lado y otro ni planta ni hierba alguna, sino piedras enormes. El cerro, casi como cortado a tajo, era una masa de áridos peñascos sin capa vegetal...

El horizonte iba extendiéndose a medida que subían. Al rayar en lo más alto se descubrían desde allí las provincias enteras, iluminadas por un sol refulgente, y claras y distintas, merced a la transparencia del aire, limpio de nieblas y nubes. Se veían en lontananza Sierra Morena, al Norte; hacia el Oriente, el picacho de Veleta, cubierto de nieve, y la Serranía de Ronda hacia el Mediodía. Dentro de estos límites, poblaciones blancas y alegres, caseríos, huertas, viñedos, ríos y arroyos, bosques de olivos y encinas, santuarios célebres en las cimas de varios cerros, y muchísimos sembrados, que verdeaban entonces con todo el esplendor de la primavera».

A las protestas del doctor, con que replicaba a Rosita, entusiasmada con tan magnífico paisaje, añade ésta:

«Cállate, lisonjero y mentiroso, ¿Ves todos esos campos? ¿Ves todas esas tierras que desde aquí se divisan? Pues en verdad que nada de por sí vale tanto como la Nava... El verdadero Paraíso terrenal está en La Nava».

Así la describe después Valera:

«Aquellos peñascos áridos y desnudos se diría que forman como un enorme vaso lleno de la tierra más fértil. La Nava es una meseta que tendrá por la parte más ancha dos leguas de extensión... En las laderas que se inclinan hacia la Nava hay viñas, almendros, acebuches y encinas; en la misma Nava, prados cubiertos de hierbas y mil flores silvestres». En las orillas de los arroyos «se han formado sotos frondosos, donde resplandecen los alisos, los álamos blancos y negros, los fresnos y los mimbrones. Cuando un arroyo hace remanso, crecen los juncos, las espadañas y la juncia; y por todas las orillas embalsaman el ambiente los mastranzos, el toronjil y la mejorana».

He aquí las flores que cita Valera: «cual rico esmalte o cual bordado primoroso: las nigelas azules, los lirios morados, la salvia purpúrea, la amarilla gualda y las blancas margaritas». «Las marimónas y las mosquetas...; las adelfas arbóreas... el romero... el tomillo». «Las violetas».

Y he aquí las aves: «pitirojos, vegetas, oropéndolas, verderones, gorriones y jilgueros...» Los ruiseñores, que en la noche «cantaban en la espesura», dice Don Juan.

Sigamos contemplando.

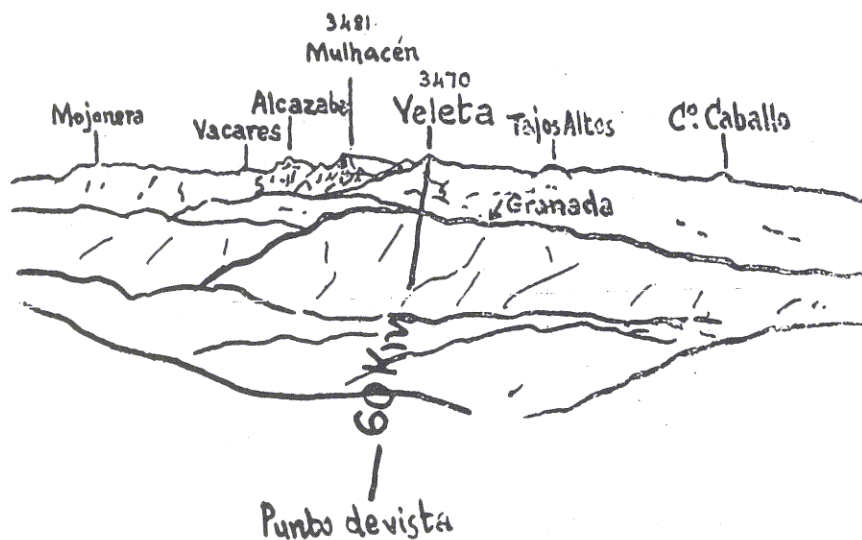
A mano derecha del pico de Lobatejo la vista recobra sus vuelos y no se detiene sino hasta su buen golpe de 150 kilómetros, pues mucho más allá de Alcalá la Real, provincia de Jaén, con su gran fortaleza medioeval, distinguimos la silueta de la Sierra de Harana o de Iznalloz, situada al Norte de Granada, tras de la cual asoma el diente enhiesto de la Sierra de Baza, en los confines entre las provincias de Granada y Almería.

Pero desde el momento en que hubimos de hollar este incomparable mirador de Andalucía, algo hay cuya sugestión oscurece esotras solicitudes a la atención de nuestro ánimo:

Ved la Sierra Nevada, pomposa y magnífica. No hay en toda la región bética punto de vista desde el cual poderse formar una idea de conjunto más exacta de la más elevada y majestuosa de todas las montañas españolas, con sus

Bosques poblados de fieras;
valles ásperos y hondos;
ventisqueros, torrenteras;
precipicios, cuyos fondos
no ven los ojos humanos;
pueblos que parecen nidos
de vencejos y milanos
en las rocas suspendidos,
y picachos eminentes
tocados de nieve y hielo,
que con sus altivas frentes
rasgan el azul del cielo!

(Francisco Villaespesa, Aben Humeya, acto segundo, escena primera)



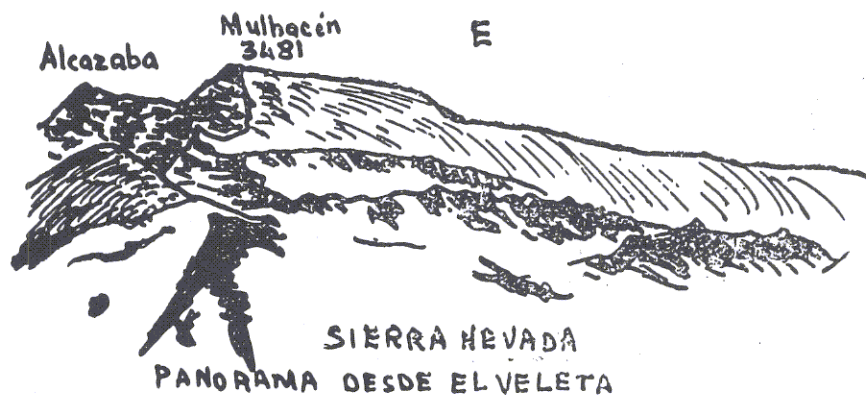
Descripción exacta; mas hoy, ¡oh dolor!, es preciso sustituir el primer verso por estos de Antonio Machado:

El hombre de estos campos que incendia los pinares
y su despojo aguarda como botín de guerra,
antaño hubo raído los negros encinares
talado los robustos robledos de la sierra.

Hoy ve sus pobres hijos huyendo de sus lares;
la tempestad llevarse los limos de la tierra
por los sagrados ríos hacia los anchos mares;
y en páramos malditos trabaja, sufre y yerra.

¿Que indica su silueta al describir el arco que desde un zócalo de 600 metros sobre el mar —las terrazas de Guadix y de Granada— abarca una cuerda de 80 kilómetros y culmina hasta los 3481 metros en el Muley Hacén, el pico que recuerda el penúltimo de los reyes moros? ¿Que nos dice ese trazo continuo, seguro de sí mismo, sin fracasos de línea, sin cortaduras aparentes, sin soluciones de continuidad?

La Sierra Nevada, núcleo del Sistema Bético, de los Alpes andaluces, está constituida por pizarras cristalinas, es decir, metamorfoseadas bajo las presiones orogénicas repetidas por dos veces: al final de la era paleozóica y a mediados de la era terciaria; la Sierra Nevada es un formidable domo anticlinal, cuyas proporciones quizá podamos calificarlas de fabulosas, pues acaso no tenga par en el planeta; en su superficie, la glaciación



cuaternaria, no habría hecho apenas más que abrir ligeras heridas, cual levísimos rasguños producidos por una lanceta en la epidermis.

Desde el Veleta, que escalamos este verano en compañía de don Enrique Dupuy de Lome, hemos trazado otra vuelta de horizonte, que estamos ultimando con destino al

PANORAMA DESDE EL VELETA W

SIERRA NEVADA
LAGUNA DE LAS YEGUAS



Congreso geológico internacional del año 26, y cuyo radio de visualidad alcanza la enorme cifra de más de 200 kilómetros.

He aquí la leyenda que Quirós recoge referente a la Sierra Nevada:

Muley Hacén, el ilustre soberano vencido por su propio hijo Boabdil, y Zoraya, su fiel cautiva cristiana, son los héroes de una gran tragedia.

Zoraya, compadecida de la misantropía de su señor, decíale a Muley Hacén: ¿Miras a Xolair (Sierra Nevada)? ¿Sigues con la mirada, como si quisieras acariciarle, su noble contorno? Yo te permitiría esta infidelidad, primera y última de tu amor que me ha hecho dichosa.

Muley Hacén concibió el deseo de hacer de Xolair, la Sierra Nevada, el lugar de reposo eterno en la muerte, no por vana megalomanía, por rebasar en grandeza y excel-situd a todos los soberanos constructores de túmulos gigantescos, mas para hallarse alejado hasta lo imposible de los hombres y elevado al cielo infinito sobre la montaña poderosa y entre los meteoros deslumbradores.

—Llévame a lo más alto de Xolair —dice Muley Hacén a la fiel Zoraya en la hora del supremo desgarramiento,— donde no pueda sentir la perversa planta de los hombres, donde me deshaga en el olvido mientras tú me lloras. ¡Quién sabe, señores, quién sabe si el alma de A. Ganivet querría que sus cenizas, que Granada acaba de recibir, reposasen también en lo más augusto del suelo español, el Mulhacén!

A la puesta de sol, la Sierra Nevada adquiere matices incomparables. Dejemos la palabra a Gautier, que en su Viaje por España dice así:

«Todas las escarpas, todas las cimas, heridas de la luz, se tornan color de rosa, pero de un rosa deslumbrador, ideal, fabuloso, nevado de plata, con reflejos de iris y de ópalo, que haría aparecer fangosos los tonos más frescos de la paleta: tonos de nácar, transparencias de rubí, venas de ágata y de venturina, capaces de desafiar a todas las joyas mágicas de «Las Mil y una Noches».

Los vallecillos, las quebraduras, las fragosidades, todos los rincones a donde no llegan los rayos del sol, poniente, son de un azul que puede luchar con el del cielo y con el del mar, el del lapislázuli y el del záfiro. Este contraste de tono entre la luz y la sombra es de un efecto maravilloso; parece como si la montaña se hubiera cubierto de un inmenso hábito de seda tornasolada, bordado y constelado de plata; poco a poco los colores vivos se esfuman y se funden en medias tintas violeta; la sombra invade las formas inferiores; la luz se retira hacia las cimas más altas, y cuando ya la llanura lleva mucho tiempo sumida en plena oscuridad, aún la diadema de plata de la Sierra Nevada brilla en la serenidad del cielo, bajo el beso de despedida del sol. En menos palabras dijo esto mismo el ingenio peregrino de Castelar: «Cristal veneciano que toma tantos reflejos y tiene tantos resplandores».

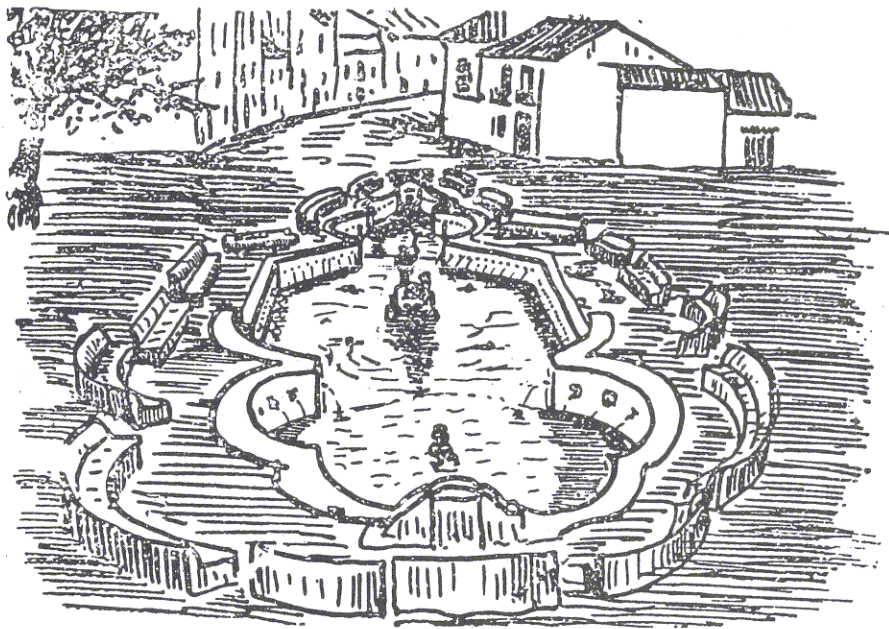
Cúmplenos dedicar un recuerdo a los insignes botánicos Rojas Clemente y Willkomm, y otro al nunca bastante ensalzado general Ibáñez, que desde el Mulhacén realizó la magna empresa de enlazar las redes geodésicas europea y africana.

Entre la mole granadina y nosotros ocupan el espacio de 60 kilómetros la Vega de Granada, al pie de aquélla, y todo el espesor de los Prealpes Subbéticos a que la Sierra de Cabra pertenece, y que hubo de cruzar, peregrino enamorado de España, Mauricio Barrés, nuestro Azorín de allende el Pirineo.

Varias cortinas montañosas, a modo de oleadas, ofrécese a nuestra contemplación; desde lo lejos hacia acá están las Sierras de Tózar, Montefrío Parapanda, etcétera. Valles rientes, y fertilísimas hondonadas triásicas cuajadas de fuentes vauclusianas, se albergan entre sus pliegues; la más importante de todas es la Vega de Priego y Carcabuey, al pie mismo del Lobatejo.

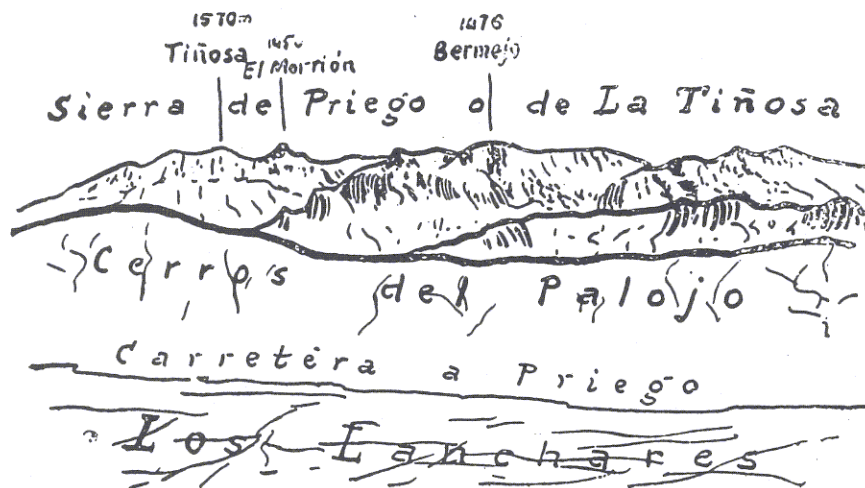
Estas dos poblaciones, con Alcalá la Real, ya nombrada, son hitos que tuvieron importancia estratégica durante las luchas de la Reconquista, y marcan el camino más corto entre Granada, el vergel encantado de los Reyes moros, y Córdoba, la Meca de Occidente.

Aquellas localidades viven hoy con esplendor de sus huertas o de sus importantísimas fábricas de tejidos, que dan a Priego la fama de ser la pequeña Barcelona de Andalucía.



LA FUENTE DEL REY, DE PRIEGO

Rebasado el Este y fijando la vista hacia el Sureste, hénos ante una cortina montañosa testigo de presiones formidables, en violento contraste con la serena morfología de esta Sierra de Cabra. Ved esas cresterías que pugnan por estirarse hacia el cenit, como atreviéndose a hermanarse con los Alpes, sus congéneres de edad. Es la Sierra de la *Tiñosa* o de *Priego*, delante de la cual se interpone otra, más baja, que es la Sierra de los Pollos o de Jaula.



Estas sierras que divisamos, tan bravías, lo mismo que la de Cabra, son esponjas gigantes que, a cambio de la inhóspita aspereza de su trabazón calcárea, producen el contradictorio paisaje que en sus faldas encontramos: las innumerables fuentes vauclusianas que, asegurando a la Agricultura el más preciado de los tesoros, reducen a entelequia el espectro de la propiedad concentrada y acercan al hombre las ilusiones de la paz social y de la redención por el trabajo.

Ingratas lomas, a trechos cubiertas de encinares, nos separan de la Sierra de Priego. Al pie de los escarpes más inmediatos se desarrolla la blanca cinta de la carretera de Córdoba a Granada, atravesando el famoso yacimiento de Ammonites de Los Lanchares.

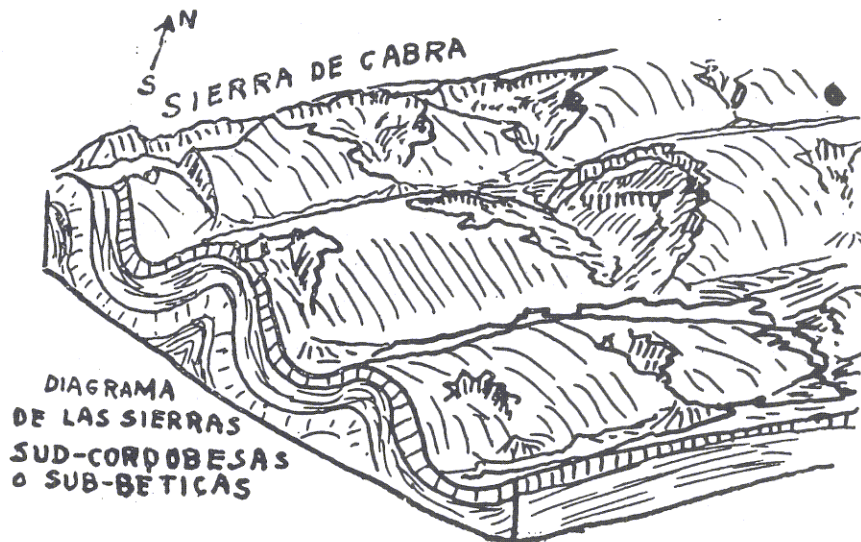
.....

Continuemos nuestra observación, virando hacia el Sur.

A lo lejos, en cuanto la Sierra de Priego se abate, asoman montañas de recortado perfil, traduciendo su contextura calcárea. Son las Sierras de *Tejea* y *Almijara*, las cuales continúan los cordales que, ocultos a nosotros por aquella sierra de Priego, se apoyan sobre los contrafuertes occidentales de la Sierra Nevada.

Pero mucho más cerca, ved la contradictoria prolongación que hacia el Suroeste tiene la dinámica Sierra de Priego en la más pacífica Sierra de *Rute*, al pie de cuyo extremo

meridional, bruscamente derruido por dislocaciones que ávidamente aprovechan las aguas salvajes afluentes del río Genil, trepa el caserío de la ciudad de *Rute*.

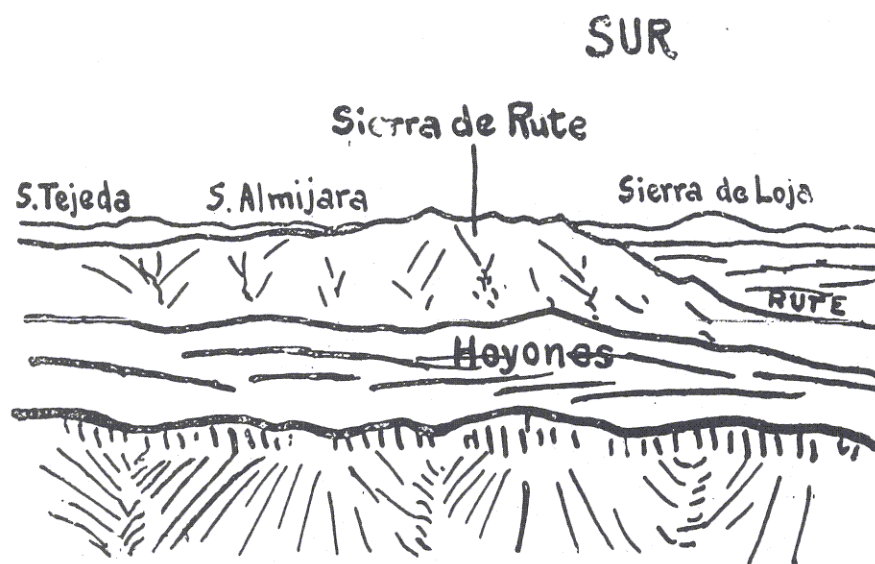


Desde los flancos anteriores de esa Sierra de Rute hacia acá se desarrolla un complicado paisaje, revoltijo inconexo de retazos calcáreos, hondonadas triásicas, tierras terciarias, etcétera, surcado por barrancos y hoces que nutren al río de Anzur, tributario del Genil.

Más acá todavía ya estamos en las antes nombradas lomas del Palojo, en cuya superficie topográfica plana, como respondiendo a los pocos perturbados bancos calcáreos, la erosión química ha labrado un sin fin de torcas, las cuales presentan todas las gradaciones de su evolución: las más antiguas aparecen rellenas de detritus, con fondo plano, constituyendo praderas húmedas que contrastan con la aspereza de la roca desnuda que las envuelve; las más jóvenes, conocidas por *Los Hoyones*, aparecen rodeadas de abismos, constituyendo sendos embudos de un centenar de metros de diámetro por unos 50 de profundidad, en cuyo fondo cónico se acumulan en inmenso caos los bloques desprendidos de los acantilados que amagan aquellas depresiones.

Rebasada la Sierra de Rute, desátanse los anhelos de recoger en nuestra retina las siluetas y los matices que en las alas ingravidas de la transparencia de un buen día andaluz nos envían lejisimas montañas.

En último término reaparece el murallón Bético, la espina dorsal de Andalucía, el dique que contiene al anchuroso valle del Guadalquivir y lo aísla de la costa mediterránea, paralela a él.



Surgen en la mente estas preguntas: ¿hacia dónde cae Málaga, Cádiz, Gibraltar, Sevilla, etcétera? Por el momento, Málaga está detrás de la Sierra del *Torcal de Antequera*.

Cuanto a la plástica general del dilatado arco montañoso cuya convexidad se desarrolla ante nuestra contemplación, échase de ver cierto nerviosismo, una inquietud de línea que contrasta con la curva tenaz y amplísima que advertimos como rasgo característico de la Sierra Nevada, o con la recta del glacis mariánico, de la Sierra Morena.

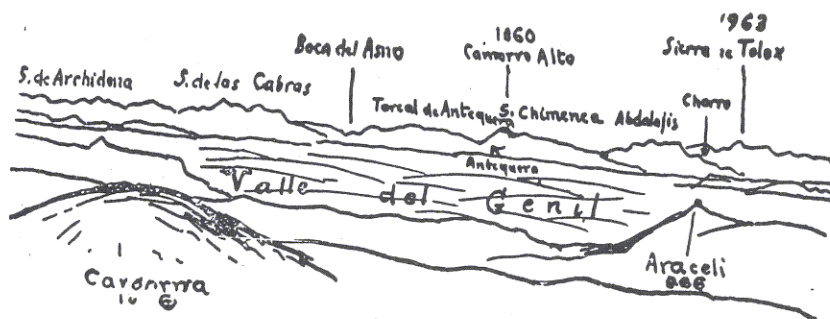
En el sistema Bético, no bien las montañas adquieren cierta elevación surge, bruscamente, el tajo abrupto, la hendidura implacable por cuyo fondo discurren aguas turbulentas, nacidas al pie de las desnudas laderas. Ni qué decir tiene, pues, que la roca que informa las alineaciones béticas es la caliza, salvo excepciones.

Excepciones que son éstas: la Sierra Blanca, en la provincia de Málaga, que asoma entre la de Abdalajis y la de Tolox, ya junto al mar, entre cuyos repliegues se hallan Coín, Ojén y Marbella. Rocas metamórficas y pizarras silúricas constituyen su masa, en inmediato contacto con el macizo serpentínico de la Sierra Bermeja.

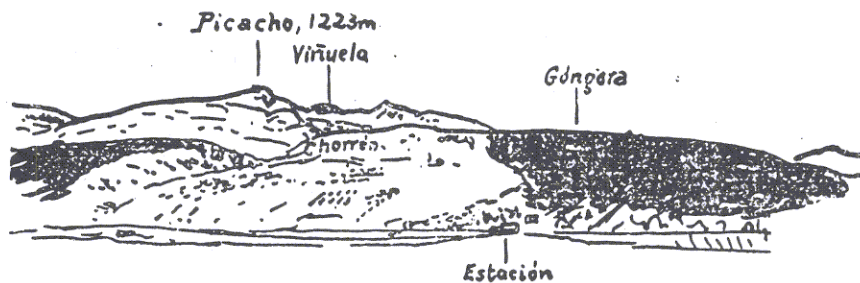
Estos ásperos cordales son teatro de no pocos episodios de *El remedio en la desdicha*, la comedia de Lope de Vega, en la que abundan citas como éstas:

De Cartama iba a Coín
 Breve jornada aunque alargue
 Siempre la tierra el deseo
 Poniendo montes y mares.
 En Cartama me he criado
 Nací en Granada primero
 Y de Alora soy frontero
 Y en Coín enamorado.

Sistema Penibético

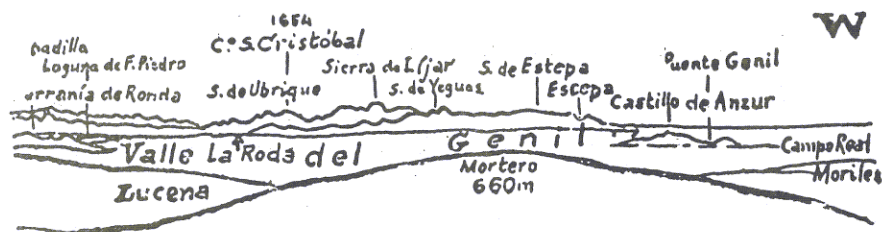


Drenajes torrenciales arrasan poco a poco las vertientes mediterráneas de los Alpes andaluces, siendo a su vez causa de interesantes desviaciones fluviales que en el tecnicismo geográfico se conocen con el nombre de capturas y Málaga sabe bien, por harta desgracia, de las inundaciones que la rambla del Guadalmedina provoca con sus desbordamientos súbitos, a causa de la desnudez de las montañas de su cuenca de alimentación.



En una de las proyecciones que siguen, otro río, el Guadiaro, que se forma en la Serranía de Ronda, lleva en sí la energía mecánica que los alternadores transforman en el rayo vivificador de las provincias de Sevilla y Cádiz.

El río Guadalhorce, que se forma en las proximidades de Archidona y pasa junto a la Peña de los Enamorados, divaga perezosamente por el páramo de Antequera y Bobadilla, transformándolo en risueño vergel, y cae estrepitosamente por la garganta del Chorro a la vertiente mediterránea, no sin antes quedar sus aguas domeñadas y aprovechadas por la Hidroeléctrica de este nombre.



Toda la extensión ondulada que a nuestros pies se desarrolla hasta las faldas de las lejanas Sierras béticas, constituye la cuenca del Genil, el río que reuniendo los caudales de los barrancos de la Sierra Nevada alimentados a expensas de las nieves y de los tranquilos lagos azules de la que en los tiempos cuaternarios fue región alpina, es decir, zona de alimentación de los ya extinguidos glaciares, corre entre la cadena Bética y este cortejo de Sierras Subbéticas en que nos hallamos.

Río, el Genil, que nosotros, volviendo por los fueros de la verdad, si posible fuese, reputaríamos, con Edrisi y los geógrafos árabes, como el río que pasa por Sevilla y desemboca en el Atlántico.

El río Guadalquivir, que carece del prestigio alpino que por la altitud de sus orígenes posee el Genil, terminaría en Palma del Río, a semejanza del Saona, que corriendo junto al escalón oriental del macizo central francés, es decir, los Cevenas —o sea, la Sierra Morena francesa, bajo cualesquiera aspectos que a los Cevenas consideremos—, termina en Lyon, llamándose Ródano y no Saona el río que desde Lyon prolonga hasta el Mediterráneo al río que nace en los Alpes, forma el Lago Lemán —homogéneo a la Vega de Granada— y corre entre los Alpes y el Jura, como nuestro Genil discurre entre la cordillera Bética y el Jura andaluz, es decir, las sierras de las cuales forma parte la de Cabra.

Antiguas planicies, fondos submarinos levantados, ensenadas de las cuales emigraron las aguas del Canal marino bético que en la Era secundaria destacaba el Atlántico por lo que hoy es litoral de Cádiz y Huelva, para desembocar en el primitivo Mediterráneo por la actual costa alicantina; todo ello sometido ahora a las vicisitudes de un

nuevo ciclo de erosión: tal es el blando paisaje que tenemos ante la vista, salpicado aquí y allá por crestas de estratos más resistentes, dentelladas si la cal es abundante, redondeadas si la arcilla los reblandece ante la denudación.



Lagunas de Fuente Piedra y de Zóñar; depresiones con manantiales salobres y sulfúricos, manchones triásicos yesíferos, manifestaciones ofíticas en gran difusión: he ahí otros tantos testigos de un pasado remoto, de facies marina en desecación progresiva.

El elemento cromático del paisaje está integrado por dos tonalidades: el azulado de las lejanas alineaciones y el verde oscuro y plateado de los olivares en densa formación.

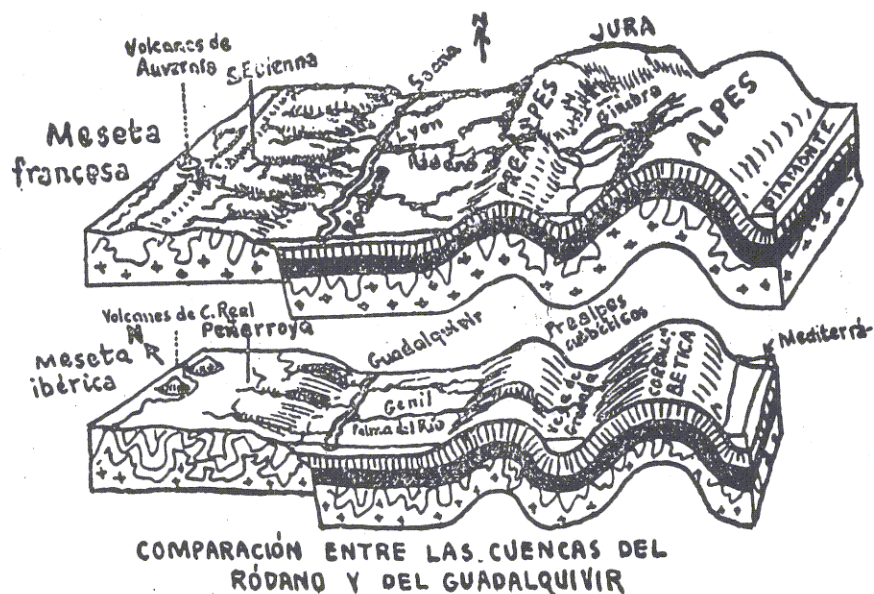
Espinel, Vida de Marcos de Obregón; dice:

Entre Lucena y Benamejí cenó nuestro héroe «un muy gentil gazpacho, que cosa más sabrosa no he visto en mi vida, que tanto tienen las comidas de bueno cuanto el estómago tiene de hambre y necesidad».

Fuera de que el aceite de aquella tierra y el vino y vinagre es de lo mejor que hay en toda la Europa.

Ciudades visibles en este sector Sudoeste son *Rute*, famosa por sus aguardientes, y *Lucena*, célebre por sus industrias típicas de velones y tinajas, y por su rancia estirpe árabe, de raigambre académica. Su caserío se extiende al pie de la serrezuela en que culmina

el pico de Araceli, ocupando el centro de la región denominada *Campo de Ara.* Muy lejos, *Antequera*, al pie de las Sierras del Torcal y de la Chimenea. Hacia el Sudoeste blanquea el caserío de *Estepa*, en medio de la Sierra de su nombre. A distancia remota, pero en esa misma dirección, aparece la Sierra de *Ubrique* y la Sierra de *Lijar*; la primera de estas sierras, y también la más distante, destaca el elevado Cerro de *San Cristóbal*, desde donde se divisan el Estrecho de Gibraltar, las montañas de Yebala y la bahía de Cádiz, enclavada en la dirección de la propia Sierra de Ubrique.



Más acá de Estepa está la próspera urbe agrícola e industrial de *Puente Genil*, importante centro de vías férreas, oculto a nuestra vista por la pequeña Sierra de Anzur, en el Campo Real, retiro del poeta Manuel Reina.

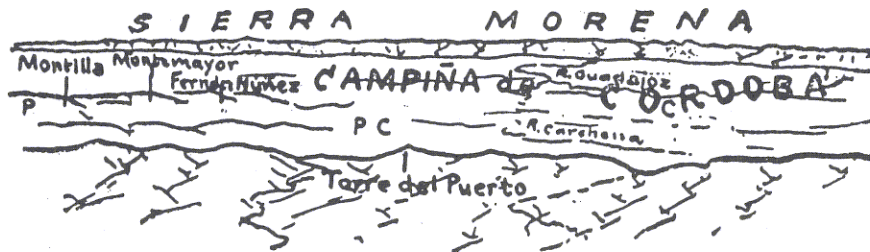
Hémos ahora, finalmente, cara a cara con la amplísima y jocunda depresión bética, cerrada hacia el Noroeste y el Norte por el escalón de la Meseta ibérica, la rotura cortical cuyas cicatrices son los filones metalíferos riquísimos que, desde el estaño legendario de las Casitérides de los periplos griegos y desde el cobre de Huelva, en el extremo atlántico y en la porción media de la gran falla, se metamorfosean en yacimientos plumíferos y argentíferos a medida que la Sierra Morena hácese más y más ibérica, en la Carolina, en Bailén, en Linares, en Despeñaperros.

Si desde el glacis mariánico pasásemos hacia el Norte, avanzando en plena penillanura de granitos y pizarras paleozóicas, entre los arrasados pliegues hercinianos

descubriríamos no tan solo más filones cupríferos y plumbíferos, sino la importantísima cuenca huyera de Peñarroya, el Saint Etienne del macizo central hispano, con sus poblaciones en rápido crecimiento a lo largo de la faja carbonífera, con sus fábricas de productos derivados de la hulla, de sulfatos y superfosfatos, de papel y tejidos, manifestaciones múltiples de la técnica industrial que alejan de la mente esta descripción que Mariano José de Larra, insertó en la «Revista Española» de aquellos románticos tiempos en que discurría el año 1835: «una dehesa inmensa empotrada en medio de otras inmensas dehesas; el suelo alfombrado de cuantas flores y hierbas de diversos y vivísimos matices se pueden imaginar, cubierto de altísimos jarales, salpicado de robustas encinas (encinar —que pones tu nota arisca — como un castellano ceño— en Córdoba la morisca, dice Machado) y hormigueando por todas partes la caza; jabalíes, venados, ciervos, gamos, lobos, zorros, liebres, conejos, águilas, buitres, milanos, grullas, perdices, palomas, buhos, urracas, cucos, alondras, multitud de otras aves... todo esto junto, revuelto y casi mezclado, volando, saltando, corriendo, aullando, bramando, cantando; una figura humana alguna vez; un sol de justicia dando de día color y calor al cuadro, y una argentada luna rodeada de lucientes estrellas, dándole de noche sombras y misterio... Un mal sombrerillo gacho amarillento... una zamarra de piel; calzón de paño burdo; poláina o botín de cuero, sajones de cuero pendientes de la cintura; por calzado, un pedazo de piel sin curtir, sujeto a la pierna con cordeles...»



Plácenos transcribir este párrafo de Larra, pues no es frecuente hallar en los clásicos castellanos, productores de una literatura de primer orden consagrada exclusivamente al hombre, la menor mirada lanzada a los paisajes.



Enfoquemos, finalmente, la vista sobre la misma gran campiña bética, mancha verde, ondulada como el mar que en remotos tiempos la ocupara, con todas las tonalidades de la clorofila, desde el verde amarillento de los campos de cebada, pasando por el esmeralda de los trigales y por el verde oscuro de los garbanzales, hasta el serpentínico y argentado de los olivos.

Salas Barbadillo, en la Peregrinación sabia, así entona el himno al olivo:

«Privilegiado del cielo y venerado de la tierra; su eterno verdor promete siempre esperanza, anima los espíritus y alienta los corazones; él es insignia de la paz y un instrumento por quien se pide y por quien se confirma. No solo es hijo de la sabiduría, sino fuente caudalosa de erudición y doctrina, porque con la luz que dá su nobilísimo fruto estudian y aprenden los que consiguen eminencias en las letras más sublimes, en los estudios más altos; siendo esto así, ella es la luz de las luces de la República. Volved los ojos a miralle y hallaréis en él: contra la tristeza, alegre y festivo verdor, tan constante como alegre; contra la necesidad, regalo y sustento; contra las tinieblas ciegas de la ignorancia, lucidísimos y valientes resplandores».

Oigamos, aún, el canto divino de Antonio Machado a «Los olivos»:

¡Viejos olivos sedientos
bajo el claro sol del día,
olivares polvorientos
del campo de Andalucía!
¡Olivares y olivares
de loma en loma prendidos
cual bordados alamares!

Pero el Guadalquivir, ¿dónde está? No lo vemos: y no lo vemos porque discurre oculto en la muesca que él mismo, al pie de la Sierra Morena, del escalón de la Meseta Ibérica, labra en el espesor de los sedimentos marinos del antiguo canal bético. La leve inclinación de la Campiña, desde las Sierras subbéticas, rebata al Guadalquivir contra la muralla de la Sierra Morena, como el Ródano es rebatido por los Alpes sobre la arista de los Cevennes. El gran río, al que Góngora saluda diciéndole Rey de los otros ríos caudaloso, serpentea en su propio cauce, y a sus ramalazos van cediendo los blandos terrenos campiñeses. En algunos parajes, como Marmolejo, Montoro, Pedro Abad, Villafranca, Alcolea, el Guadalquivir ha ahondado tanto su lecho que ha descubierto los espigones o tentáculos que la Sierra Morena emite, a modo de astillas que se dirigen hacia el Sudeste, como alineaciones hercinianas muertas que intentasen resucitar. La angostura accidental del cauce, ha emparejado con la consiguiente aceleración de la velocidad de las aguas, y ambas cosas las ha aprovechado el genio humano: Mengemor ha construido el gigantesco salto del Carpio, prelude de la redentora obra de canalización del Guadalquivir, que un día habrá de devolver a Córdoba el rango de puerto del Atlántico que tuvo, como Lyon lo es del Mediterráneo, y Estrasburgo del Mar del Norte.

¿Qué es la Campiña cordobesa? Campiña cordobesa donde el trigo flamea —como lanzas doradas hacia el cielo tendidas— campo recio en la lucha con huestes aguerridas y perfumado y místico como el de Galilea. No es una superficie tan llana como las

mesetas de Castilla, ni menos como la de la Mancha, donde el río Guadiana no ha logrado aún concentrar su red hidrográfica, que está todavía en la infancia. La Campiña cordobesa fue llana, como hoy la Mancha, en los remotos tiempos inmediatos al cegamiento del antiguo Canal bético. Su fondo constituiría entonces un istmo perfectamente llano que uniría a la Meseta ibérica todo el Sistema montañoso Bético. Las aguas fueron retirándose a partir de lo que hoy es provincia de Alicante y Murcia; el istmo fue alargándose, hasta llegar al litoral de Huelva y Cádiz en la actualidad. Hundimientos posteriores acacidos frente a esta costa atlántica, de los cuales Platón nos ha legado la leyenda de la Atlantis, inspiradora de inmortales versos a nuestro Verdaguero, originaron la formación de rápidos cursos fluviales que, dando lugar a la génesis del actual Guadalquivir, determinaron la apertura de hendiduras y de valles mil en lo que hasta aquel momento era terreno tan suave y uniforme como todavía lo es hoy la Mancha: la Mancha es, pues, fiel imagen de cómo era la Campiña cordobesa en los tiempos en que la historia terrestre no registraba la aparición de su principal testigo: el Hombre.

La erosión que los ríos llevan a cabo complica la superficie de la sedienta campiña, corta en ella anfractuosidades, repechos, solanas y umbrías: como enorme cerebro, aumenta su superficie topográfica. Y así continuará el trabajo fluvial hasta que las aguas tributarias del Guadalquivir hayan escarbado tanto y tanto que las lomas queden rebajadas, suavizadas las pendientes, amortiguados los contrastes entre ellas y los barrancos: en fin, hasta que el relieve de la Campania se acerque, asintóticamente, es decir, sin llegar nunca a ser cero, es decir, a ser una llanura perfecta otra vez.

Una vez más hallamos coincidencias entre el Guadalquivir y el Ródano Suizo-francés: ambos ríos son reliquias de sendos canales o golfos marinos terciarios.

Los grandes pueblos campiñeses, de los cuales ya Salas Barbadillo, en su ya citada Peregrinación Sabia dice «que están tan bien poblados, que en otras provincias tuvieran título de ciudades», destacan, aquí y allá, con sus blancos caseríos, separados por distancias enormes, de perniciosas consecuencias sociales, encaramados a leves mogotes, vigías y baluartes guerreros antaño, núcleos hoy de grandes aglomeraciones urbanas: Montilla, Aguilar, Fernán Núñez, Montemayor, Espejo, Bujalance, Porcuna, etcétera. Todas están a igual altura: entre los 350 y 400 metros, apoyándose sobre cerros que atestiguan el antiguo horizonte superior del fondo submarino. Cuando las aguas oceánicas se retiraron, hoces angostas cuartearon la planicie uniforme, y restos de las innumerables mesas —cuales las del terciario madrileño y alcarreño— son aquellos mogotes.

A lo largo del Guadalquivir se alinean poblaciones que, así como las campiñesas son de tipo agrícola, aquellas han sido de tipo guerrero, comercial, ganadero e industrial. Andújar, Marmolejo, Villa del Río, Montoro, El Carpio, Villafranca, Alcolea, Córdoba, Almodóvar, etcétera. Unas radican junto a los angostos pasos del Guadalquivir por entre las astillas de la Sierra Morena, aprovechando antiguamente la velocidad para mover los batanes, que utilizaban como materia prima la lana de las piras que criaban las densas formaciones de encinas y monte bajo de la Sierra; otras se asientan sobre antiguas terrazas, restos del fondo del cauce que el río Guadalquivir ha ido ahondando en épocas de acelerada erosión: toda la parte moderna de la metrópoli cordobesa, hasta el Brillante, está edificada sobre un rellano, una terraza horizontal, cuyo otro resto, a la izquierda del Guadalquivir, y apoyado ya sobre terrenos campiñeses, está junto

al puente del ferrocarril a Málaga. Contaríamos muchas terrazas de esta clase hasta Sevilla, cada vez más amplias.

Consideremos, ahora, la enorme mancha de olivar de la Campiña, extendiendo frenéticamente los tentáculos, año tras año, a expensas del cultivo cerealista. Salpicados entre los olivos, existen los importantes pagos vitícolas de Doña Mencía, Lucena, Los Moriles, Aguilar y Montilla, cuyos zumos, refinados en soleras seculares, son los exquisitos vinos dorados cuya fama se extiende por todos los ámbitos del mundo.

Bien podemos decir que la Campiña cordobesa, que por sus tierras negras es ráfaga fugaz del tshernozion cerealista ruso, por sus olivares y por sus viñedos reúne en sí algo de la Campania italiana y de la Champaña francesa, luminosa la una, brumosa la otra. Y bien podemos añadir también, para presentar otros aspectos de esta semblanza que insensiblemente está convirtiéndose en apología, que el Valle bético, ha sido teatro de trascendentales sucesos humanos, prehistóricos e históricos. Penetrando por el Bósforo hispano, por el Estrecho de Gibraltar, fue el Guadalquivir la ruta de los pueblos africanos y asiáticos; cerradas por los hielos cuaternarios las vías de acceso a la Europa central, el Valle bético fue cubil de donde irradiaron en la infancia de la Humanidad aquellos sublimes artistas a cuyo raquíptico bosquejo de neuronas cerebrales dio la naturaleza las primeras vibraciones estéticas; como la Península Balcánica, en esa campiña superpusieron las civilizaciones de Grecia, de Roma, de Cartago y de Damasco.

Por dos veces aquí fue donde se dirimieron contiendas cuyo desenlace habían de tener tanta repercusión en la trayectoria del mundo: en los campos de Montilla, en las riberas del pequeño río de Carchena, quedó liquidada la guerra civil entre César y Pompeyo; por rara casualidad, aquel próspero pueblo cordobés había de ser mucho más tarde cuna del Gran Capitán.

El glacis mariánico ha sido el frente estratégico cuya dominación por los pueblos ibéricos autóctonos, aseguró a la larga el triunfo de sus armas sobre el poderío musulmán.

El valle bético vuelve a ser aún tablero de batallas en la epopeya napoleónica, cuyas águilas imperiales caen heridas de muerte aquí y en Rusia. Y casi de ayer es la batalla de Alcolea.

A pesar de tantos flujos y reflujos de pueblos que la Campiña bética ha visto en el transcurso de su larga historia, es notable el hecho de que el pueblo que la ocupa hoy día sea braquicéfalo, sin asomos de caracteres mediterráneos ni siquiera africanos. En confirmación de esta conclusión antropológica, al hablar Inurria, el escultor glorioso, de la mujer andaluza, especialmente la cordobesa, dice que ella y la mujer del norte de España, tienen más vigor, más fuerza y más relieve que la mujer castellana, desdibujada y como borrosa. El artista trataba de explicarse este fenómeno por la mayor independencia racial de la gente del Norte y por la exigencia histórica de la Reconquista, que hizo que Castilla diera a Andalucía, como había de dar a América, la superior contribución de sus mejores gentes para la guerra con el moro. La aristocracia castellana fue a Andalucía. La gloria de la Reconquista la adscribió a aquella tierra y los patrimonios de regia merced concedidos la vinculó definitivamente. Eso explica que se vean

todavía en Andalucía y especialmente en Córdoba perfiles tan romanos que se dirían escapados de cualquiera de las monedas de la época que surgen por doquier en cuanto ahonda la reja de arado.

Y termino esta lectura para vosotros fatigante ya. Mi torpe pluma no acierta a borrar el efecto de ella con palabras de discreto acierto. Prefiero acabar con éstas del poeta:

Salve, gloria inmortal de la Poesía,
Flor que en el agua del Genil se baña,
Salve, rayo de sol, Andalucía.
Salve, encendido corazón de España.

